AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

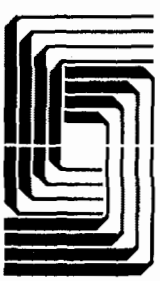
17

GRECIA

LA COLONIZACION GRIEGA

LA COLONIZACION GRIEGA

Arminda Lozano



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:
Pedro Arjona

© **Ediciones Akal, S. A.**, 1988
Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito legal: M. 32.882-1988
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-273-4 (Tomo17)
Impreso en GREFOL, S. A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Pinted in Spain

Indice

Introducción 7

I. Causas generales del movimiento colonizador 8

1. Causas políticas 8
2. Causas económicas 10
3. Otras causas 13

II. Características de las colonias griegas 14

1. Terminología 14
2. Actos fundacionales 14
3. Relaciones metrópoli-colonia 17
4. Relaciones con indígenas 19

III. Oleadas colonizadoras 21

1. Primera fase (mediados del siglo VIII-mediados del siglo VII) 22
2. Segunda fase (mediados del siglo VII-mediados siglo VI) 23

IV. Zonas de expansión 29

1. Sur de Italia y Sicilia 29
2. Galia y Occidente mediterráneo 43
3. Costa septentrional del Mediterráneo hasta el Mar Negro 48
4. Zona de los Estrechos 51
5. Norte de Africa 57

Cuadros cronológicos 59

Bibliografía 62

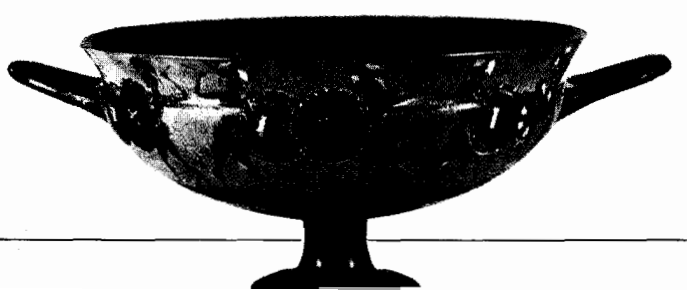
Introducción

Pasada la llamada «Dark Age» o siglos oscuros de la Historia Griega se abre un nuevo período, la época arcaica para el que contamos con una mayor información, aportada tanto por la historiografía griega como por la investigación arqueológica. La confrontación entre ambas fuentes de datos no siempre es fácil o posible, mas resulta necesaria aunque de ella se deriven con frecuencia contradicciones que dificultan obtener una panorámica todo lo clara que sería de desear.

De cuantos procesos históricos tuvieron lugar en el transcurso de la época arcaica uno de ellos tiene indudablemente el papel estelar: el movimiento colonizador. La colonización griega como tal, no ha de considerarse ciertamente privativa de este período (cf. apartado: Oledadas colonizadoras), pero fue a partir del siglo VIII cuando dicho movimiento alcanzó proporciones tan insospechadas que puede hablarse del Mediterráneo como un mar helénico —al igual que el Ponto Euxino o Mar Negro— pues los griegos, en efecto, estuvieron presentes a todo lo largo de sus costas, de Este a Oeste y de Norte a Sur, si bien con diferente intensidad según las zonas.

Desde la perspectiva histórica que hoy tenemos resulta verdaderamente admirable, sorprendente, cómo un mundo tan individualizado políticamente, que había atravesado por un período de cambios profundos efectuados en medio de un acusado declive económico respecto al mundo micénico, fue capaz de sacar adelante una empresa de tales dimensiones y tan cargada de consecuencias. El agente de este imponente movimiento fue la *polis*, la unidad política griega que emergió tras los siglos oscuros, a cuya definitiva conformación y fijación de rasgos esenciales contribuiría la misma colonización.

Taza ática con representación de una batalla
(Segunda mitad del siglo VI a.C.)
Museo de Corinto



I. Causas generales del movimiento colonizador

Metodológicamente, haremos una agrupación tripartita de ellas con objeto de atender a la mayor parte de los casos atestiguados:

1. Políticas.
2. Económicas.
3. Factores de otra índole.

Naturalmente, esta división no quiere en absoluto decir que tales causas sean entre sí excluyentes —como veremos suelen aparecer entrecruzadas—, ni tampoco que se presenten en todas los momentos del fenómeno colonizador con la misma fuerza.

1. Causas políticas

Resulta imposible trazar el desarrollo de la colonización griega sin antes entrever, aunque sea brevemente, la dinámica política actuante en la *polis* en los momentos previos al inicio de este movimiento centrífugo de los griegos de época arcaica. Es ello lo que justifica este apartado de causas políticas de la colonización.

Los regímenes aristocráticos y posteriormente oligárquicos que imperaban en las *poleis* griegas al comienzo de la época arcaica, contenían en sí mismos el germen del descontento, que más tarde degeneraría en una auténtica crisis social que habría de sacudir en el siglo siguiente, de una manera prácticamente generalizada, al mundo griego.

Este descontento estaba fundamentado en la situación de injusticia provocada por el desigual reparto de la riqueza cuyo elemento básico en este momento era la tierra. La mayor parte de ésta se encontraba efectivamente concentrada en pocas manos, siendo así que la mayoría de la población debía contentarse para subsistir con pequeños lotes. A esta situación hay que agregar, además, otros hechos que contribuyeron al progresivo deterioro general: en primer lugar, el aumento demográfico que se dejó sentir por todas partes del mundo griego ya a finales de la Edad Oscura; en segundo lugar, la propia escasez de tierras —o *stenochoría* si queremos utilizar el término griego preciso— inherente a la difícil orografía con que la naturaleza dotó al solar griego y, por último, la desaparición de la antigua solidaridad del clan primitivo con el cese de las redistribuciones periódicas de tierra comunal.

Así pues, nos encontramos ante una población creciente que debía alimentarse con el producto de tierras escasas y poco productivas, pues las más fructíferas y de mayor extensión habían sido acaparadas por unas po-

cas familias, en cuyas manos, además, estaban los resortes del poder político y religioso. Testigo excepcional de esta situación es Hesíodo cuya obra *Los trabajos y los días* constituye para nosotros una fuente de información insustituible sobre los modos de vida del campesinado griego, pues, aunque referida a Beocia y el Atica puede hacerse extensiva a las demás regiones griegas. Su descripción, más o menos metafórica, de la situación del débil respecto al poderoso, de la impotencia de aquél frente a éste es verdaderamente aleccionadora. A la par, se permite dar algunos consejos para evitar un deterioro del panorama social que estaba describiendo. Así, la reducción del número de hijos que obviaría el empequeñecimiento de las propiedades puesto que, según las normas vigentes entonces, los hijos heredaban a partes iguales los bienes paternos. Ello implicaba que las familias con imposibilidad de ampliar sus recursos territoriales —indudablemente la práctica totalidad del campesinado fuera de los grandes propietarios— en el transcurso de un par de generaciones verían sus campos tan reducidos que apenas harían posible una vida de subsistencia. Una mala cosecha, unos años de mayor sequía o cualquiera de las adversidades normales en la agricultura, tornarían la situación insostenible. Su salida no era otra que el endeudamiento pero, al no ser posible la devolución de los préstamos por la misma escasez que había provocado la contracción de deudas, el deudor y su familia caían irremisiblemente en poder del acreedor en calidad de esclavos. Esta realidad —la miseria y desesperación del campesinado— aparece descrita con enorme fuerza —entre otros— en los versos de Solón y en los pasajes correspondientes a este período de la *Athenaion Politeia* aristotélica.

Este proceso, ya presente al comienzo de la época arcaica, se agravó paulatinamente hasta desembocar en una situación de conflictividad aguda, determinante del desencadenamiento en el seno de múltiples ciudades griegas de un cambio en su sistema político. Apareció, en principio, la figura del árbitro o del legislador y finalmente la del tirano.

Dicha evolución política se vio favorecida por otros factores no mencionados hasta ahora, pero que coadyuvaron decididamente a ella. Así, por ejemplo, el militar. Todavía en el siglo VIII la guerra estaba basada en el combate regular, en el guerrero que en carro, al principio, y después a caballo, debía soportar para su protección un pesado equipo básicamente defensivo. Este método conllevaba unas connotaciones socioeconómicas determinadas, a saber la existencia de una aristocracia ciudadana, uno de cuyos privilegios consistía precisamente en la defensa de la ciudad, al dictar que únicamente sus miembros tenían la potestad de empuñar las armas.

Sin embargo, en el primer cuarto del siglo VIII se registran ya —a juzgar por testimonios extraídos de pinturas vasculares corintias y atenienses— cambios en el armamento y por ende en la táctica militar. Hace su aparición, así, el ejército de hoplitas, que en el transcurso de unas cuantas décadas se generalizaría en el mundo griego. Su equipo es ya bien distinto, mucho más ligero y con mayor capacidad ofensiva. Se requería una formación en línea cerrada, donde lo individual quedaba sacrificado en aras de lo colectivo, donde el individuo era importante no aisladamente considerado sino como parte del conjunto.

De este aspecto interesa aquí no tanto el punto de vista militar cuanto el cambio sociológico que aparejó. El ejército hoplítico requería un número grande de soldados entrenados para luchar dentro de esta formación, capaces además de financiarse su propio equipo, aspecto éste a que estaban

obligados. Y un número tan considerable de combatientes tan sólo podía extraerse de entre el campesinado. Es así, por tanto, que sobre los campesinos libres pasó a descansar el peso de la guerra ya en los albores del siglo VII.

El hoplita pasó a tener una parte decisiva en la responsabilidad ofensivo-defensiva de la polis de la que se había mantenido forzosamente marginado por los poderosos. Este cambio en la situación militar de la ciudadanía no podía efectuarse sin contrapartidas de los oligarcas. Los hoplitas, en efecto, presionaron para que se les hiciera partícipes también de la actuación política.

2. Causas económicas

Como acabamos de exponer, la problemática económica de los griegos de la época arcaica está tan imbricada en la realidad política que ambas cuestiones no pueden deslindarse. Queda claro, no obstante, que el mayor problema lo constituía la *stenochoria,* la falta de tierras para dar trabajo y alimento a una población en expansión.

Fue la imposibilidad de encontrar soluciones —bien porque perjudicaban los intereses de los propios oligarcas dirigentes o por condicionantes de carácter geográfico— por lo que se recurrió a las fundaciones coloniales. Se pretendía con ello paliar esta angustiosa escasez de tierras aptas para la agricultura, evitando a la par una agudización de la cuestión social y política concomitante a ella.

Parece, pues, incontestable que fue la cuestión agraria la desencadenante del movimiento colonial. Las zonas de expansión elegidas —en principio el Sur de Italia y Sicilia— y los lugares en que se asentaron constituyen —como iremos viendo en cada caso— una confirmación indiscutible de este hecho.

Por lo demás, el fenómeno colonizador, que llevó a los griegos a todo lo largo y ancho de las costas mediterráneas, tampoco se realizó de golpe, sino que conoció diversas etapas. Dentro del período arcaico griego son fundamentalmente dos, abarcando la primera los propios comienzos de dicho movimiento, poco antes de mediado el siglo VIII, y la segunda, a partir de mediados del siglo siguiente.

Interesa aquí esta notación para justificar la introducción de otro factor considerado como básico en la colonización griega: el comercio. Sobre el papel desempeñado por éste como desencadenante del envío de colonias se ha especulado mucho. Sin embargo, y sin ánimo de obviar la discusión, creo que ella es hasta cierto punto inútil. Basta considerar que este espectacular movimiento colonizador no constituye un bloque monolítico ni en cuanto a cronología o propósitos, ni mucho menos en cuanto a resultados. Y que por lo mismo, dentro de unas directrices generales, siempre tienen cabida casos que no se ajustan exactamente a ellas. Por lo demás, sólo el paso del tiempo iría introduciendo objetivos nuevos a la vista ya de unas perspectivas más reales, derivadas de una información más exacta de las posibilidades ofrecidas por los nuevos territorios. Y tal es, en efecto, lo que sucedió en mi opinión, con el comercio.

En los primeros momentos del movimiento colonizador parece inverosímil considerar el comercio como un factor ya actuante en él. Ni los escritores griegos mencionan nada al respecto, ni es plausible que así fuera a la vista del nivel o del estado de la economía de la polis en esa época.

El comercio en las propias ciudades a comienzos de la época arcaica era, en efecto, prácticamente inexistente, es decir, no había una producción con excedentes ni, por tanto, una puesta en el mercado de éstos, objetivo elemental de las actividades que pueden denominarse propiamen-

Anfora ática
(finales del siglo VI a.C.)
Orvieto

te comerciales. La panorámica que los poemas homéricos, además de Hesíodo, nos ofrecen es muy otra. En principio, los únicos comerciantes aludidos como tales son los fenicios. El *demiourgos* o artesano griego, se limitaba a abastecer las necesidades propias de su vecindario y de los nobles, dentro de una economía familiar que propende a ser autosuficiente. Así, por ejemplo, el propio Ulises se nos presenta en la *Odisea* como un personaje capaz de hacer todo tipo de cosas, aun las más dispares, dentro de esta situación de economía cerrada que *mutatis mutandis* era la vigente en el momento en que se produjo el envío de las primeras colonias.

El paso del tiempo modificó con más o menos rapidez dicho estado de cosas. Tampoco aquí podemos generalizar, puesto que no todas las ciudades evolucionaron en el mismo sentido. Pero, en cualquier caso, *poleis* como Corinto, Atenas, etc., avanzaron en el desarrollo de las actividades

artesanales —en buena parte en manos de extranjeros— hasta lograr esos excedentes «industriales» que, unidos a los agrícolas, vino y aceite sobre todo, constituyeron el objetivo de un comercio organizado. A ello coadyuvó decididamente la introducción de la moneda en el siglo VII, cuestión de enorme importancia pero que no podemos aquí analizar.

Conviene, no obstante, hacer alguna precisión más en este apartado. Lo dicho anteriormente no implica que el mundo griego desconociera el comercio en términos absolutos. Ello no podía ser así por cuanto la necesidad de aportar desde fuera materias primas estuvo siempre presente en un ámbito carente de ellas.

Una vez pasados los trastornos ocasionados por la desaparición del mundo micénico, debidos a los flujos y reflujos de población que afectaron a la práctica totalidad del Oriente mediterráneo, la nueva situación emergida tras ellos se fue asentando, consolidando, en las diferentes regiones griegas al finalizar dicho proceso, cuya duración fue ciertamente prolongada. Esta normalización conllevó una reactivación de comunicaciones con aquellas zonas familiares desde antaño, el Egeo oriental, sólo que ahora con mayor justificación pues la costa occidental de la península anatólica, a consecuencia de las migraciones acaecidas en la Edad Oscura, estaba, asimismo, poblada por griegos.

No obstante, las necesarias materias primas eran accesibles a través especialmente de uno de esos enclaves llamados por Polanyi y su escuela *port of trade* o «puerto comercial», utilizado precisamente para servir de intermediario entre ámbitos político-culturales diferenciados. De estos puestos avanzados, el más interesante para los griegos era el de Al-Mina, al Norte de la desembocadura del Orontes, en la costa siria, dedicado, al parecer de manera exclusiva, al comercio entre el Egeo y Siria. Dicho establecimiento estuvo en activo durante parte al menos del segundo milenio a. J. C., como han demostrado las excavaciones de Sir Leonard Woolley. En él concurren las características que definen este tipo de enclaves, siendo una de las más notables la de su neutralidad. Se requería como premisa indispensable, que el abastecimiento de productos fuera continuo, sin que ningún conflicto pudiera suspenderlo. Puesto que allí afluían mercancías procedentes de tierras lejanas, los mercaderes tenían que tener seguridad absoluta de poder darles salida, es decir, era insoslayable un compromiso por parte de los poderes políticos actuantes en la zona de respetar dichos establecimientos.

Dice textualmente R. B. Bevere *(Comercio y mercado en los imperios antiguos,* p. 101) a propósito de Al-Mina: «El grado tan alto de especialización era, a veces, parte de una organización todavía más compleja que comprendía a un pequeño estado vecino con funciones de mediador entre los imperios lejanos y el puerto de comercio. Esta debió ser la relación entre el reino de Alalakh y Al-Mina».

Todo puerto de comercio estaba teóricamente bajo una determinada potencia política, pero, tanto ésta como sus enemigos, respetaban el lugar. Woolley, el excavador tanto de Al-Mina como de Alalakh, encontró pruebas de la ocupación y administración hititas en esta última que, por el contrario, faltan completamente en la primera. Al-Mina, además, según demostración arqueológica, no sufrió asedios ni ocupaciones en el segundo milenio cuando hititas y egipcios disputaban el control de esa zona.

Volviendo, pues, al punto que nos ocupa sobre la incidencia del comercio en las causas de la colonización nos confirmamos en la necesidad de dar una respuesta negativa.

No obstante, tras producirse los primeros establecimientos, las posibilidades de intercambio debieron adi-

vinarse pronto. Este, por lo demás, no pudo alcanzar altas cotas, sino que su volumen sería el dictado por una economía premonetaria basada todavía en el trueque.

Debe considerarse, más bien, que se dio el proceso inverso. Es decir, el asentamiento de núcleos griegos en territorios ultramarinos abrió perspectivas nuevas, mercados inexplorados hasta entonces. Las colonias ubicadas en tierras prósperas, feraces agrícolamente, produjeron pronto aquellos productos necesarios a los griegos continentales de las metrópolis, a la sazón alimentos, sobre todo grano, para pagar los cuales se requería la entrega de otras mercancías, puesto que tal era el mecanismo entonces vigente. Ello, a su vez, constituiría un acicate que estimularía la producción artesanal de manufacturas, en un volumen cada vez mayor. A la par surgiría la necesidad de nuevas fundaciones, considerando ya no tanto la tierra cuanto la estrategia de los emplazamientos, con condiciones favorables además para la navegación, de acuerdo con las materias primas a explotar y comercializar.

Se trata, por tanto, de una concatenación de hechos cuyas etapas no podemos seguir de manera detallada sino tan sólo aprehender sus rasgos generales más sobresalientes.

3. Otras causas

Aunque las causas principales de la colonización ya han quedado expuestas, conviene aducir alguna otra de las que las fuentes nos mencionan por más que lo hagamos un poco a título anecdótico, conscientes de que se trata de algo marginal, no de una causalidad auténtica y estricta. Así, por ejemplo, el deseo de aventuras.

Uno de los poetas arcaicos griegos más admirados, Arquíloco, tomó parte activa en la colonización de la isla de Tasos —en el Egeo septentrional, frente a Tracia—, por parte de Paros. En sus poemas, nos pone de manifiesto el gusto por una vida aventurera que a una determinada edad puede despertarse en el hombre. Tal impulso basta para justificar la participación en una empresa colonizadora, si bien no tanto para hacerla surgir.

Igualmente, cabe hablar de causas políticas de signo distinto del expuesto en el apartado 1. Así, la opresión de algunos regímenes políticos aristocráticos —como la llevada a cabo por los Baquíadas de Corinto o los Pentélidas de Éfeso— pudo determinar, en algunos casos, el enrolamiento en las tareas colonizadoras, aunque tampoco es ésta una explicación del nacimiento de la empresa en sí.

Podemos también, por último, referirnos a hechos puntuales. Así, la presión persa sobre Focea que determinaría la huida masiva de sus habitantes hacia Córcega o la fundación de Tarento por los hijos ilegítimos de las espartanas, habidos durante la ausencia de los ciudadanos ocasionada por la primera guerra mesenia. Las fuentes nos hablan también de otras causas, como la que forzó a los calcidios a enviar a una décima parte de su población a Region, en el sur de Italia, o la leyenda según la cual, a consecuencia de la muerte de un joven, Archias debió partir de Corinto para fundar Corcira y Siracusa. Claro está que, en ocasiones, son sólo eso, leyendas que, forjadas posteriormente, no reflejan las circunstancias reales que rodearon la fundación de determinadas colonias.

II. Características de las colonias griegas

1. Terminología

El término específico utilizado por los griegos para designar una colonia es el de *apoikia*. Rasgo esencial de la *apoikia* es su condición de polis —como su metrópoli fundadora—, un estado desarrollado en todos sus elementos esenciales que representan una forma de vida griega, trasplantado a regiones bárbaras o no griegas. Lógicamente, la *apoikia* conllevaba un traslado efectivo de población desde la metrópoli a la colonia, es decir, existía una auténtica emigración.

Además de *apoikia* existen otros términos que no son ya, sin embargo, equivalentes, puesto que tienen un contenido semántico distinto. Así, *kleruquía* y *emporion*.

El primero de ellos hace referencia a una clase especial de colonias atenienses, desarrollada en la época clásica, cuyos objetivos eran bien diferentes a los perseguidos con las apoikias. Debido a ello, su *status* jurídico y el de sus habitantes son totalmente distintos del disfrutado por apoikias y *apoikoi*. En cuanto al segundo, *emporion*, hace referencia a puestos de intercambio comercial, como Naúcratis, por ejemplo, cuyas características difieren, asimismo, de los otros dos tipos mencionados.

2. Actos fundacionales

La decisión de implantar una *apoikia* en un territorio extranjero, cualesquiera que fuera su causa o causas, comportaba el nombramiento de un director de expedición, *oikistés* —encargado de ejecutar en el nuevo asentamiento cuantas disposiciones se consideraran necesarias para ordenar el nuevo núcleo— y del reclutamiento de los futuros colonos. Estos lo serían a petición propia, pero también hubo casos en que a falta de voluntarios, se recurrió a hacerlo compulsivamente, como nos ilustra el caso de la fundación de Cirene. De todos modos, nuestra información sobre los distintos elementos es sumamente incompleta, cuando no inexistente, en especial para los primeros tiempos.

El acto fundacional disfrutaba de un carácter esencialmente religioso. Desde la metrópoli se había llevado el fuego sagrado que debía inaugurar la nueva ciudad —acto este cumplimentado por el *oikistés*—, y que estaría depositado en el *Prytaneion*. Igualmente, se introducían los dioses patrios *(theoi poliouchoi)*, bajo cuya protección se ponía oficialmente la colonia.

La oscuridad documental en torno a la figura del *oikistés* es casi

total, sobre todo para el comienzo de la actividad colonial. Sabemos que, tras su muerte, recibía honores religiosos en calidad de héroe fundador, pero desconocemos, repito, en qué consistía su misión, cuál era su auténtico papel. Por lo que podemos aprehender de las noticias de los historiadores sobre determinadas ciudades, el *oikistés* pertenecía, en general, a alguna de las familias más ilustres de la metrópoli. Ignoramos, asimismo, el mecanismo seguido en la designación, si voluntaria por parte del interesado, o si impuesta por el Estado o su propia familia. En cualquier caso, es lógico pensar que, al menos en el comienzo, fuera el *oikistés* el verdadero rector de la apoikia con unos poderes cuasi absolutos hasta que se organizara la vida política en la nueva ciudad, dotándose de cuantos organismos y magistrados se creyera conveniente.

Ignoramos también si los magistrados coloniales eran designados al principio por la metrópoli o por el *oikistés* consultando a los habitantes o por qué sistema.

En las mismas circunstancias estamos a la hora de dilucidar en qué medida la polis fundadora dictaba normas concretas y precisas para organizar la colonia. Ciertamente en épocas tardías sabemos de la existencia de decretos fundacionales, cuyo contenido reflejaba todo ese tipo de estipulaciones de carácter organizativo. Conservamos, en efecto, las normas fundacionales de Epidamno (Tuc. I,27), Heraclea (Tuc. III, 92/3), Turios (Diod. XII, 10), así como los decretos emanados para Brea y Naupacto y el documento relativo a Corcira, Melania o Nigra (Syll 933 1.9 ss. y n. 12). Pero nada de esto se refiere a la época de los comienzos de la colonización, pues son todos muy posteriores, cuando este sistema estaba ampliamente experimentado.

Parece lógico suponer que difícilmente se podrían dictar normas fijas y minuciosas cuando existía un absoluto desconocimiento de los lugares y gentes entre los que se iban a asentar. Quizá se dieran al *oikistés* unas directrices generales susceptibles de modificarse según las circunstancias, acordándosele a aquél, en todo caso, una capacidad de maniobra y una amplitud de poderes muy considerables, por un período indeterminado.

Tales poderes eran, desde luego, muy grandes aún en época clásica, como sabemos por la fundación ateniense de Brea, en Tracia, en el siglo V. Su *oikistés,* Democlides, estaba encargado sobre todo de controlar el establecimiento de colonos, ayudado por 30 *geonomos,* para las tareas de confeccionar los lotes de tierra, y de 10 *apoikistai,* encargados de distribuirlos. A la par, introduciría y pondría en marcha las instituciones con que debía regirse la ciudad, pero, finalizado todo ello, Democlides debía volver a Atenas. El caso de Turios es similar y también su *oikistés*, Lampón, tenía la obligación de regresar a la metrópoli.

Ignoramos, sin embargo, si los *oikistai* de la época arcaica tenían el mismo deber de regresar, una vez cumplida su misión, o si se les dejaba mayor amplitud de permanencia, incluso vitalicia. Esta incertidumbre se extiende a aspectos tan importantes como la distribución de la tierra, cómo se confeccionaban los lotes, qué extensión tenían, de qué forma se distribuían, etc., mecanismos que se nos ocultan en gran medida, incluso en el propio mundo de las ciudades en los albores de la época arcaica. En los siglos V y VI, sin embargo, el principio aplicado era el de igualdad. (Plat. *Ley.* V. 745 C): la venta ulterior de los lotes asignados originalmente no estaba permitida en épocas antiguas, según confirman Aristóteles (*Polit.* 1319 A 10 ss.) y Platón (*Ley* V 740 B ss.; 741 C). Tampoco estaba permitido el regreso de los colonos a la metrópoli, sólo posible cuando se hubie-

ra dejado algún «enlace» u «hombre puente», como un hijo o un hermano (IG. IX 1, 334 1.6 ss.).

En realidad, la misma estructura política de las ciudades de aquel tiempo, especialmente en el siglo VIII, no es apta para suponer en ella tal capacidad de dirigismo, máxime teniendo en cuenta la inexistencia de experiencias previas. Sólo andando el tiempo, cuando las poleis hubieran conseguido ellas mismas un mayor grado de madurez y solidez políticas y tras adquirir conocimientos más profundos de las tierras a colonizar, estarían en condiciones de intentar detallar un plan de actuación ante la eventual planificación de una *apoikia*. La evolución política de las metrópolis sería, por tanto, la encargada de ir dictando la introducción de nuevos aspectos, de matizaciones que en un primer momento eran imposibles de prever. Resulta, pues, anacrónico trasponer situaciones conocidas de los siglos V y IV a los anteriores. Es impensable que la polis de la primera mitad del siglo VIII tuviera capacidad para ello.

Se suele decir con frecuencia (Hermann, Berve, etc.) que el envío de una colonia iba precedido de una consulta a los oráculos y, especialmente, al Apolo Délfico (o al de Dídima en el caso de Mileto y otras poleis minorasiáticas). El primer testimonio fiable de ello es el efectuado por Dorieo (Heród. V, 42) a finales del siglo VI. La autenticidad histórica de otros, cuya existencia dan cuenta las fuentes, han sido puestos en duda

Kylix de Laconia
(550 a.C.)
Biblioteca Nacional, París

por la crítica moderna, rechazados en base a argumentos filológicos. Ya E. Meyer *(Geschichte des Altertums,* III, p. 413) afirmaba que tales oráculos habían sido confeccionados en su mayoría en orden al destino posterior de las colonias.

De todas maneras parece inverosímil que tales consultas previas se efectuaran en los momentos iniciales del movimiento pues sólo cuando el sacerdocio del Apolo Délfico se consolidó, pudo aspirar a poder animar o desaconsejar una empresa. Con el tiempo, en efecto, irían reuniendo gran cantidad de conocimientos geográficos, utilizados para dar indicaciones precisas a los futuros colonos que acudían a Delfos, pero esto sólo sería posible en etapas avanzadas de la colonización.

3. Relaciones metrópoli-colonia

Condiciones básicas de la polis madre para promover una colonia eran la autonomía y autarquía. Tales características, más la independencia de la metrópoli, definen asimismo a la *apoikia.* Se trata, pues, de un estado totalmente nuevo e independiente cuya autoafirmación se realiza en un medio extranjero.

Precisamente por este carácter de la *apoikia* como la fundación nueva de una polis independiente, los colonos —*apoikoi*— perdían el derecho de ciudadanía en su ciudad originaria, pasando a disfrutar tan sólo del derivado de la ciudad recién fundada. Precisamente en ello reside la diferencia esencial entre estas colonias arcaicas griegas y otras formas posteriores de colonización, cuales fueron, por ejemplo, dentro del mundo griego, las cleruquías, desarrolladas por Atenas como medio de ampliar su esfera de influencia a la par política y económica. En este sistema, los clerucos atenienses no perdían su ciudadanía originaria al trasladarse a las cleruquías. Lo mismo cabe decir de otras formas de colonización llevadas a cabo por pueblos distintos, como los fenicios o incluso los romanos. Tampoco en estos casos los participantes en tales empresas estaban obligados a abandonar su calidad de miembros de la comunidad en la que nacieron. En esas circunstancias, la colonia no podía ser considerada como patria de sus pobladores, mientras que las fundaciones coloniales de la época arcaica griega sí constituyeron la patria —*patris*— de sus habitantes.

No obstante la independencia política de la *apoikia,* ésta constituía una fuente de gloria —una «cuestión de prestigio», no de poder— para su metrópoli (Tuc. I, 34). Existen algunas contadísimas excepciones a esta regla general. Así, las fundaciones tardías de la tiranía corintia efectuadas como medio de ampliar y fortalecer su esfera de influencia personal, donde podría hablarse de la existencia de un «vasallaje» político de las colonias respecto a la metrópoli o los asentamientos establecidos por Massalia dentro de su ámbito de influencia. A este mismo propósito se ha citado con frecuencia el caso de Sínope y sus colonias. Estas constituirían, en opinión de algunos, ejemplos de dependencia política respecto a su metrópoli, Sínope, porque le pagaban unos tributos, si bien atestiguados solamente en el siglo IV, cuando Jenofonte supo de ellos (*Anáb.* V, 5). Tales aportaciones deben entenderse como respuesta al usufructo de la tierra colonial, cuya propiedad detentaba en último término la metrópoli. No obstante, en el caso de Sínope, no parece que revelara una dependencia estrictamente política respecto a ésta, sino que se trataba de comunidades autónomas e independientes a todos los demás efectos (cf. F. Geschnitrer, *Abhängige Orte,* p. 97).

Así pues, la relación normal metrópoli-*apoikia* era, como repetidamente ponen de manifiesto nuestras

fuentes, de índole moral (cf. Plat. *Leyes* VI 754 A.B; Polib. XII 9, 3; Herod. III, 19; VII, 51; Tuc. I, 38), comparada con frecuencia, a la existente entre padres e hijos. La violación de este principio de respeto y aprecio de la metrópoli era objeto de un desprecio y vituperio generalizados (cf. Herod. VII, 51; VIII, 22; Tuc. V, 106, 1).

La causa de la separación fáctica entre metrópoli y colonia hay que buscarla no tanto en las dificultades inherentes a los viajes marítimos de la época —que imposibilitarían una participación activa de la metrópoli en la vida de la *apoikia,* tendente a su control—, cuando en el tradicional e inveterado individualismo político, consustancial a la polis, que había evitado así, de manera consciente, en la metrópoli un dominio efectivo sobre la colonia. Por otra parte, cabe apuntar ahora una cuestión que será debatida más tarde, a saber, que no todas las apoikias fueron el resultado de una empresa organizada por el Estado sino que también ocupó en la colonización un lugar nada desdeñable la iniciativa privada.

Dentro de estos vínculos morales existentes entre Estado fundador y colonia se inserta el aspecto religioso que ya hemos mencionado más arriba. La colonia tenía en su Prytaneion el fuego sagrado, traído por los *apoikoi,* estaba bajo la advocación de los dioses estatales metropolitanos y enviaba delegados especiales y ofrendas a su polis originaria con ocasión de las fiestas mayores de esta ciudad. Puesto que se trataba de una relación recíproca, la metrópoli hacía lo propio con la colonia, a cuyos enviados para participar en las solemnidades religiosas se les reservaban de ordinario localidades especiales. Este puesto de honor otorgado a los dioses patrios no excluía en absoluto el que en la colonia pudieran desarrollarse otros cultos, surgidos las más de las veces de una adopción bajo formas griegas de antiguas divinidades autóctonas, cuyos rasgos presentaran connotaciones similares a las detentadas por deidades griegas.

Cuando una *apoikía* pretendía fundar a su vez una colonia —hecho frecuente entre las apoikias griegas—, se acostumbraba a solicitar a la metrópoli el envío de un *oikistés* para dirigir la nueva empresa (Tuc. I, 24, 2).

Igualmente, constituye una expresión de la existencia de estos lazos inmateriales el hecho de que las colonias pudieran esperar ayuda de sus metrópolis en caso de necesidad, hecho éste invocado cuando la ocasión lo requería (así el caso de Siracusa que cuatro siglos después de su fundación pidió auxilio a Corinto, esgrimiendo el argumento de ser colonia corintia). Ello, sin embargo, no implicaba que cada vez que una colonia entraba en conflicto con otra ciudad o poder político, interviniera la metrópoli. Numerosísimos ejemplos confirman, por el contrario, que las colonias, como polis independientes que eran, dilucidaban ellas solas sus problemas. Las metrópolis, en definitiva, tenían sus propias dificultades y estaban lo suficientemente distantes como para preparar expediciones militares ultramarinas frecuentes. Hay que aducir, además, que colonia y metrópoli no tenían necesariamente los mismos amigos y enemigos, por lo cual la política exterior de una y otra no siempre era coincidente.

Los vínculos entre metrópoli y colonia se extendían asimismo a otros campos. Uno de los más significativos es el institucional.

Normalmente, y como era lógico en la dinámica de las fundaciones coloniales, la *apoikía* solía adoptar las instituciones políticas vigentes en su metrópoli. Aunque tampoco sabemos cómo se efectuaba su implantación, es, en todo caso, natural que se reprodujeran en el nuevo asentamiento las prácticas con las que estaban familiarizados los propios colonos. No

obstante, las instituciones coloniales no tenían que ser idénticas en todos y cada uno de sus aspectos a las metropolitanas. Las condiciones sociales y ambientales de la colonia diferían de las de su metrópoli y era a esta realidad nueva a la que hombres e instituciones debían adaptarse. Por ejemplo, la monarquía implantada en Tarento, la única colonia de Esparta en la Magna Grecia, no compartía el rasgo, a su vez anómalo en el mundo griego, de una monarquía dúplice, es decir, que el poder lo detentaran dos reyes en vez de uno solo, como era lo habitual. Así, la tarentina era una monarquía individual pero monarquía al fin, la misma institución que la de su metrópoli. Y el eforado, institución típicamente espartana, era también conocido en Tarento puesto que fue implantado en Heraclea, colonia tarentina.

Asimismo, las innovaciones políticas que aparecieron en las colonias encontraban eco no sólo en el ámbito metropolitano, sino en el mundo griego en general. En este sentido, el caso que suele aducirse normalmente es el de los legisladores, figura de temprana aparición en las colonias. Las leyes de Zalenco de Locros (en la Magna Grecia) o Carondas de Catana (en Sicilia) fueron imitadas por los griegos del continente.

Estas influencias se enmarcan dentro de la corriente cultural establecida entre el ámbito griego y el ítalo-siciliano, una vez iniciada la colonización. Las colonias, en efecto, prolongaron en su suelo aspectos como la escritura o la lengua, vehículos culturales básicos y no podía ser de otro modo. Los colonos siguieron escribiendo y hablando como lo hacían en sus ciudades de origen, perpetuándose entre sus descendientes tales hábitos.

Puede decirse en resumen, que las relaciones entre metrópoli y colonia fueron normalmente buenas, florecientes y enriquecedoras. La colonia siguió en cierta medida las pautas de la metrópoli correspondiente pero dentro de un marco de enorme libertad, donde el nuevo ámbito geográfico, económico y sociológico de la colonia fue decisivo en el ulterior desarrollo de ésta. Así, su característica básica de independencia se demostró eficaz, pues la liberaba de todo constreñimiento, dejándola abierta a cuantas influencias beneficiarían su crecimiento y fortalecimiento. De ahí la distinta evolución de unas y otras.

4. Relaciones con indígenas

La primera puntualización que debemos formular es la necesidad de evitar las generalizaciones, pues las situaciones que se presentaron a los colonizadores griegos en territorios tan diferenciados como los afectados por el movimiento colonizador griego, fueron variopintas. Para ello, basta considerar las zonas afectadas por él en la época arcaica, a lo largo de sus dos fases: Magna Grecia, Sicilia, Norte del Egeo, Mar Negro y Mediterráneo occidental.

Me parece, por tanto, más oportuno ir estudiándolas conforme se vayan viendo los efectos colonizadores en cada una de ellas. Digamos, ahora, no obstante, que la postura adoptada por los diferentes pueblos indígenas ante la presencia griega —condicionada a su vez por la distinta cohesión interna y fortaleza numérica, política, económica y cultural de los diferentes grupos tribales—, fue el factor decisivo: si presentaban resistencia hubieron de someterlos por la fuerza —con consecuencias asimismo distintas, pues o se retiraban hacia el interior o quedaban reducidos a una situación cercana a la esclavitud—. Si toleraban, por el contrario, el asentamiento de los núcleos griegos, entonces se establecían con más o menos rapidez unas relaciones beneficiosas para ambos. La arqueología es, en es-

te aspecto, nuestra fuente de conocimiento más eficaz, pues sólo las excavaciones nos permiten un conocimiento detallado de asentamientos griegos e indígenas, posibilitando así un estudio de las condiciones de vida, influencias artísticas, corrientes comerciales, dimensiones, dotaciones urbanas e infraestructura, grado de penetración de influjos foráneos —griegos— entre los indígenas y a la inversa, etc. Las fuentes escritas suelen circunscribirse a describir la reacción de los grupos autóctonos ante la presencia griega y, en todo caso, al resultado final, es decir, cómo quedó la situación una vez consolidado el asentamiento griego.

Naturalmente —y dados los condicionantes mencionados— nuestra información en este punto difiere enormemente de unas regiones a otras. Zonas como Sicilia y la Magna Grecia que se han beneficiado de un estudio arqueológico sistemático nos resultan mucho mejor conocidas que otras para las que faltan excavaciones. Así, el mundo de las colonias griegas ribereñas del Mar Negro podemos percibirlo, en sus detalles, con mucha mayor dificultad, al carecer de una investigación arqueológica tan exhaustiva.

Taza ática con representación de un carro y dos esfinges
(Segunda mitad del siglo VI a.C.)
Museo de Corinto

III. Oleadas colonizadoras

La sorprendente colonización griega de la época arcaica no fue un movimiento carente de precedentes. Las fuentes escritas y la arqueología nos revelan que en períodos anteriores se dieron, en efecto, traslados de población de idénticas características al efectuado posteriormente, si bien bajo unos condicionantes diferentes: causalidad distinta, menores contingentes numéricos, etc., y zonas asimismo más restringidas, en cuanto que tan sólo se aventuraron hacia la costa anatólica y las islas próximas.

E. Blumenthal, que se ha ocupado monográficamente de esta colonización temprana (ver bibliografía), distingue, al observar la colonización griega, en general hasta la época clásica, tres etapas: la primera, correspondiente a las navegaciones efectuadas en plena época micénica, entre 1400-1200; la segunda oleada, en la cual se realizaron asentamientos en las zonas citadas —costa anatólica e islas— y que comprende los siglos oscuros subsiguientes a la desaparición del mundo micénico (1100-900 a. J. C.); la tercera constituida por la gran colonización griega de época arcaica (siglos VIII-VI).

A éstas podían añadirse todavía otros dos períodos —clásico y helenístico— en que también se fundaron colonias, si bien bajo distintas manifestaciones y con un sentido diferenciado de los anteriores.

Es competencia de este estudio tan sólo la etapa central, correspondiente a la tercera oleada. De las anteriores diremos, a grandes trazos, que en la primera oleada sólo puede hablarse de creación de auténticos establecimientos griegos —aqueos— fuera de Grecia, en dos casos: Mileto y Colofón. El primero correspondería a uno de esos *ports of trade* de que hemos hablado, explicado en el contexto de la actividad económica micénica y como tal, respetado por la potencia dominante en Anatolia entonces, es decir, los hititas. Los griegos acudirían allí en busca de materias primas, situándose en un lugar perfectamente adecuado para sus fines: no sólo tenía un estupendo puerto, triple, sino tierra suficiente para autoabastecerse. Este establecimiento, del siglo XIV, sustituiría a otro, poblado con gentes procedentes de Creta llegadas en torno al 1600.

Por lo demás, la influencia griega, micénica, conoció una enorme expansión en el Mediterráneo, dado el amplio ámbito geográfico por el que se movieron los micénicos.

En el transcurso de la segunda oleada arriba mencionada, se produjo la colonización del litoral occidental minorasiático. Sin embargo, tampoco

aquí se podría hablar *stricto sensu* de colonización, sino más bien de la última fase de estos movimientos de pueblos, característicos de la Edad Oscura, que condujeron al asentamiento en su solar definitivo de diferentes grupos tribales griegos. Estos, por otra parte, han sido objeto de un interés enorme por la investigación histórica, lingüística, etc., dado el temprano florecimiento alcanzado por Jonia, convertida en la cuna del pensamiento y la ciencia griegas.

Por lo que a la tercera oleada se refiere, diremos en primer lugar que las zonas de desarrollo de esta magnífica expansión difieren de las elegidas anteriormente. La razón fundamental para ello fue política: no es que no existieran más lugares disponibles en la costa anatólica en el Egeo oriental, sino que las relaciones de fuerzas presentes entonces cuando se inició el movimiento —en especial la ascendiente pujanza del Imperio asirio—, aconsejaban tomar nuevos rumbos. Y estos estarían dictados o condicionados por la ausencia de poderes políticos fuertes que pudieran obstaculizar la instalación de los asentamientos.

Cabría hablar de otra cuestión previa: la de si hubo una precolonización o no, en el Mediterráneo occidental sobre todo. Dar una respuesta taxativa que zanje toda diatriba es imposible, dado el estado de nuestras fuentes. Así que sólo podemos asirnos a la interpretación de los datos arqueológicos y a la inducción de probabilidades

Es evidente que los griegos tenían ciertos conocimientos de las posibilidades ofrecidas por el Occidente mediterráneo. La propia *Odisea,* con la narración de los viajes de su protagonista, es un buen testimonio de ello, por más que la leyenda oscurezca hasta hacerla irreconocible, la verdad histórica. Los hallazgos arqueológicos, no obstante, nos confirman el hecho, pues se han encontrado objetos micénicos en distintos puntos del Sur de Italia y Sicilia, además de en las islas Lípari e Ischia. Su cuantía numérica es ciertamente escasa y, aunque no autorice a hablar de una presencia estable de griegos micénicos en aquellos lugares, sí ejemplifican la existencia de relaciones entre ambas zonas del Mediterráneo.

Dentro de este gran movimiento colonizador pueden diferenciarse dos etapas en base a la disparidad de las zonas colonizadas en uno y otro momento cronológico, a las ciudades comprometidas en las distintas empresas y a los objetivos perseguidos.

1. Primera fase (mediados siglo VIII-mediados siglo VII)

Corresponde a aquélla cuyas causas hemos tratado de analizar al principio. Su finalidad era, como hemos visto, la consecución de nuevas tierras de labor donde asentar a unos grupos de población excedentarios.

Geográficamente la parte afectada fue Sicilia y Sur de Italia, cuyos asentamientos enumeraremos en el apartado siguiente (IV-Zonas de Expansión).

En cuanto a las ciudades griegas participantes en esta fase primera, las protagonistas indiscutibles fueron las dos poleis eubeas: Calcis y Eretria, además de las ubicadas en el Istmo, Corinto especialmente y Mégara. En menor medida, lo hicieron también, algo más tarde, otros como los peloponesios y locrios a los que hay que sumar los procedentes de apoikías que adoptaron pronto el papel de metrópolis.

Al tocar este punto y percibir la práctica monopolización de algunas áreas realizada por determinadas ciudades surge una interesante cuestión, a saber, en qué medida puede hablarse de empresas corintias, megarenses, etc., formadas con sus propios ciudadanos o si es necesario considerarlas

más bien como «agentes» colonizadores, encargados de organizar la emigración procedente de toda un área.

Podría pensarse que las poleis mencionadas, por su situación geográfica —insulares unas, en una estrecha franja de terreno las otras— quizá acusaran la falta de tierras y la presión demográfica de modo más acuciante que otras no participantes en esta primera fase de la gran colonización, pero si se contemplan las disponibilidades de otras muchas poleis griegas se llega a la conclusión de que no tenía necesariamente que ser así. Además, no se ve bien cómo una sola ciudad, aun presuponiéndole una numerosa población excedentaria, podía suministrar tantos colonos y en tan corto espacio de tiempo. Es claro, pues, que sólo es explicable en el segundo supuesto, si actuaba de organizadora, encauzando los excedentes humanos, o los que voluntariamente quisieran emigrar, de áreas más amplias. Este proceso, que se nos antoja evidente, no se encuentra, sin embargo, atestiguado por las fuentes, de suerte que ningun referencia escrita puede sancionarlo ni tampoco nos sirven otro tipo de testimonios.

2. Segunda fase (mediados siglo VII-mediados siglo VI)

Las características más destacadas de ésta son la enorme ampliación geográfica del movimiento, alcanzando el extremo occidental del Mediterráneo, con los puestos intermedios correspondientes, y la mayor variedad de estados participantes.

Así, en efecto, se registra la fundación de enclaves griegos en toda la costa mediterránea —Sur de Galia, litoral oriental de la Península Ibérica, Egipto, región de la Propóntide y los Estrechos y zona norte del Egeo—, a lo que se añade la colonización de las riberas del Ponto Euxino.

En esta etapa participaron de manera efectiva las ciudades griegas minorasiáticas e isleñas. Mileto monopolizó la expansión hacia el Mar Negro, mientras que Fócea se encaminó en dirección opuesta, hacia el Occidente Mediterráneo, como también lo hicieron, según la tradición, los samios. Cretenses y rodios colaboraron en el afianzamiento de la presencia griega en Sicilia con la fundación de Gela, a comienzos del siglo VI. A todo ello, se añade el ulterior desarrollo de las tareas colonizadoras en la Magna Grecia y Sicilia en gran parte logrado gracias a las primeras colonias, que, como ya se ha dicho, comenzaron muy pronto este desdoblamiento, continuado en esta fase y llevado a cabo no sin conflictos.

A esta enorme ampliación del mundo griego colaboró en no poca medida la operatividad del tan llevado y traído factor comercial. No es que la colonización cambiara de carácter, pues veremos cómo la búsqueda de tierras aptas para la agricultura seguía siendo un elemento fundamental, sino que los intereses comerciales harán también acto de presencia, motivados por la apertura y explotación de nuevas zonas con el subsiguiente aumento en las relaciones entre ambas partes del mundo griego. A su vez, esto servirá de motor para nuevas fundaciones en lugares estratégicos, si bien su propia naturaleza determinaría sus dimensiones, más reducidas, y su menor importancia numérica.

IV. Zonas de expansión

Serán consideradas aquí las colonias agrupadas en áreas determinadas, las metrópolis griegas protagonistas y el criterio cronológico. Es necesario, no obstante, hacer una advertencia previa: la dificultad para establecer una cronología totalmente segura de las fundaciones, derivada de las fechas a veces contradictorias o no coincidentes, dadas por las fuentes antiguas. En este aspecto la confrontación de éstas con los datos proporcionados por la Arqueología es insoslayable, constituyendo éste el único sistema para llegar a unas conclusiones dignas de fe. Tales comparaciones es obvio que sólo son susceptibles de hacerse allí donde existen excavaciones (con resultados publicados), lo cual no sucede en todos los puntos de la colonización griega.

1. Sur de Italia y Sicilia

La gran disponibilidad de tierras de estas regiones era la solución a los problemas que acuciaban a los griegos. Su fertilidad y extensión justifica que se convirtieran de hecho —como a menudo se les define— en un auténtico Eldorado.

La primera colonia griega fundada en la llamada posteriormente Magna Grecia, fue la de PITECUSA —actualmente la isla de Ischia— situada frente a la bahía de Nápoles, zona más septentrional alcanzada por la penetración griega. Sus fundadores fueron las dos poleis eubeas, Calcis y Eretria.

El establecerse primero en una isla se justifica como una medida de prudencia. Extraños en aquellas tierras, era más fácil defenderse desde un lugar sólo accesible por mar. Su proximidad al continente les permitía, sin embargo, explorar convenientemente las posibilidades e inconvenientes del territorio situado frente a ellos y por el que pronto se sentirían atraídos. No en vano Campania era una de las regiones más prósperas de Italia.

Por otra parte, según noticias de Estrabón (V, 4, 9), esta primera colonia prosperó rápidamente debido a la fertilidad del suelo —de procedencia volcánica— y a sus recursos mineros de oro. Añade el geógrafo, que los eretrienses no tardaron en abandonar la isla a causa de conflictos con los calcidios, cuya interpretación más probable sea la del estallido de la Guerra Lelantina entre ambas ciudades eubeas por la posesión de la llanura del Latento pero que desembocó en conflicto generalizado que dividió en dos bloques al mundo griego. Posteriormente, también los calcidios se

verían obligados a abandonar la isla, tras una erupción volcánica acompañada de violentos movimientos sísmicos.

Los dos enclaves exhumados por los arqueólogos en Ischia, en Castiglione uno y en Monte di Vico el otro, nos informan de los asentamientos habidos allí. El primero de ellos, situado al Este de la isla, es un núcleo indígena, entre cuyos vestigios, que cubren un amplio espectro cronológico, se han encontrado fragmentos cerámicos micénicos. Que tuvo una larga supervivencia posterior a la presencia griega en la isla, está demostrado por el hallazgo de vasos geométricos. Su ocaso llegó al finalizar el siglo VIII. El segundo contiene las huellas más antiguas de ocupación griega: vasos de finales del geométrico encontrados tanto en el emplazamiento de la ciudad como en el de la metrópolis. Esta cerámica, algo anterior a la proporcionada por las primeras colonias griegas de Sicilia y también a la de Cumas, está datada en la primera mitad del siglo VIII. El emplazamiento de Monte de Vico fue temporalmente abandonado —lo que correspondería a la noticia de Estrabón— pero no de modo definitivo: su reocupación en el siglo V es manifiesta tras el descubrimiento de tres bloques de un templo griego, fragmentos de terracotas arquitectónicas y otros vestigios.

CUMAS fue la colonia griega que siguió a Pitecusa en el tiempo. Con un emplazamiento magnífico sobre una acrópolis natural, dominaba la llanura campana y se prestaba a su vez a una mejor defensa. Según narra Tito Livio, fueron los griegos de Pitecusa los fundadores del nuevo asentamiento en el continente, mientras que Dionisio de Halicarnaso habla expresamente de colonos calcidios y eretrios. La participación de estos últimos, sólo mencionada por dicho escritor, ha llevado a suponer que, o bien ha confundido Cumas con Pitecusa, o por el contrario, los demás autores mencionan tan sólo a los calcidios en base a que constituía el elemento preponderante. En todo caso, de ser exactas las palabras de Dionisio, la fecha de la fundación de Cumas había de ser anterior al comienzo de la Guerra Lelantina, desarrollada en las últimas décadas del siglo VIII.

En la colonización de Cumas intervinieron, además de los eubeos, una ciudad homónima: otra Cumas. Los dos *oikistai* fueron Megastenes de Calcis e Hipocles de Cumas, según nos transmite el pasaje de Estrabón relativo a este punto. Se ha discutido mucho la localización de esta otra Cumas, dado que la más conocida es la ciudad eolia minorasiática de ese nombre. Sin embargo, por una serie de razones que no es posible explicar aquí —no hay, por ejemplo, en las antiguas inscripciones cumanas ningún rastro de eolismos— la Cumas a que se refiere Estrabón no es la de Asia Menor, sino una ciudad mucho peor conocida, situada en la costa oriental de Eubea, de donde serían originarios una parte, al menos, de los colonos. Ciertamente, los habitantes de Eubea sufrían esta situación de injusticia ya descrita a manos de los aristócratas o *hippobotai,* «criadores de caballos» que acaparaban las mejores tierras, lo cual les empujó a buscar otras nuevas. La elección de Campania no podía ser más acertada.

En cuanto a la fecha concreta de su fundación nos topamos con una multiplicidad de datos contradictorios de los que es difícil extraer lo auténtico. Si Pitecusa tiene una cronología situada entre el 775-760, Cumas sería algo posterior, en torno al 750.

A su vez Cumas, con el paso del tiempo, tendió a asegurarse el control de la zona campana mediante la creación de varios enclaves. Esto debió ocurrir antes de producirse la expansión etrusca en Campania, acaecida en torno al año 600, fecha de la fundación de Capua, que pondría límites

a la penetración griega en la región. Lo mismo hizo con el golfo de Nápoles donde surgieron Dicearquia (llamado a ser el puerto del que Cumas carecía— el posterior Puteoli romano [Pozzvoli], fundación, según Estrábón (V, 4, 6) de los samios en el 531, probablemente sobre una base naval cumana existente ya entonces) y Partenope o Nápoles, cuyos orígenes como ciudad doble —una antigua y otra más reciente— son bastante oscuros en las narraciones antiguas.

La primera colonia calcidia en Sicilia fue NAXOS. Cuenta Tucídides (VI, 3, 1; VI, 25, 7) que los colonizadores calcidios llegaron bajo la dirección de Tucles, el *oikistés* de esta expedición — o Teocles en la versión de Estrabón (VI, 267, 2,2), tomada a su vez de Éforo, un ateniense llegado a Sicilia a la cabeza de un grupo de calcidios provenientes de Eubea— y le atribuye la fecha de 735-4. Su emplazamiento sobre el Cabo Schiso le daba acceso a un pequeño y protegido puerto que dominaba sobre el fértil valle del río Alcantara, pero estaba rodeado de altas montañas, como el Etna al Norte. Esta apoikia es relevante sobre todo por ser, a su vez, base para una ulterior colonización, destinada a asegurar el dominio griego de la feraz región del Etna. Naxos, en efecto, no alcanzó sino un modesto desarrollo.

La acogida de los indígenas sículos a los recién llegados no debió ser al principio mala, como parece deducirse de la pervivencia del principal de sus asentamientos, Taormina (Tauromenio) tras la fundación de Naxos y el hallazgo en la necrópolis sícula de Cocolonazzo de cerámica geométrica griega. Por tanto, se darían más bien, unas relaciones amistosas, aunque no duraderas, como veremos enseguida.

Que no encontraron oposición a sus planes lo demuestra el hecho de la rapidez con que se efectuaron los dos asentamientos fundados a partir de Naxos.

Así es como seis años después, en 728 según Tucídides (VI, 3, 3) se fundó LEONTINOS, a unos 10 km de la costa en el interior, empresa dirigida también por Tucles en la más rica llanura de Sicilia, regada por el Simeto. A esta colonia siguió inmediatamente otra, CATANA, fundada esta vez bajo el mando de Evarco, con gentes calcidias, procedentes también de Naxos. Se alzaba en el extremo opuesto de la llanura del Simeto —Leontinos al Sur, Catana al Norte— a los pies del Etna pero en la costa, disponiendo de un buen puerto. Controlaba asimismo la ruta hacia comunidades nativas del interior, como Centuripa o Enna. Por su parte Leontinos hacía lo propio con el camino que conducía hacia la actual Castalgirone, un importante enclave sículo según lo atestiguan los materiales proporcionados por las excavaciones efectuadas en el lugar. Ambos emplazamientos contaban con la indispensable premisa de tener buenas tierras de labor, por lo que alcanzaron un gran desarrollo como ciudades de carácter agrícola indiscutible.

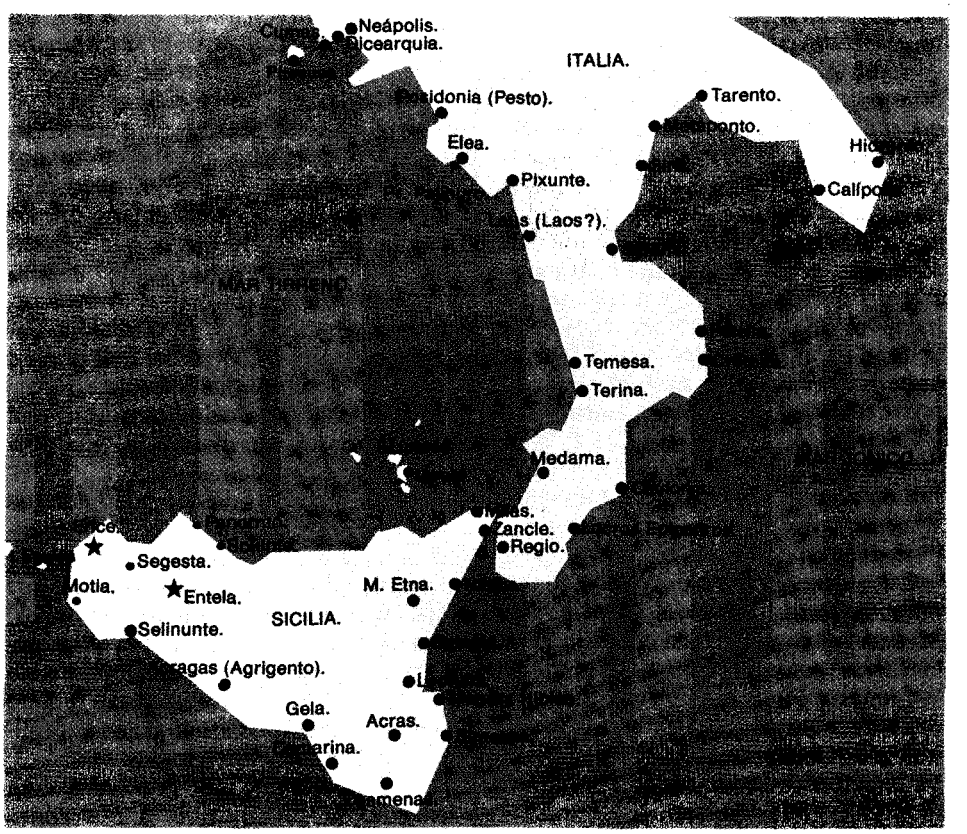
El primero de ellos parece que se realizó en un lugar habitado precisamente por sículos, pues en Leontinos las excavaciones han puesto al descubierto huellas de ocupación sícula de fecha inmediatamente anterior a la colonización, si bien no contemporánea estrictamente. Tucídides, en efecto, refiere que la fundación de Leontinos se hizo tras expulsar por la fuerza a los sículos nativos, no obstante lo cual, los indígenas residentes en el territorio situado dentro de la órbita de Leontinos se fueron helenizando, como demuestran los lugares de Scordia y Grammiche.

La historia ulterior de estas tres colonias está marcada, aparte de por la temprana aparición de los legisladores como Carondas en Catana, cuya constitución aristocrática sirvió de modelo a otras ciudades griegas, por los ataques de que fueron objeto

por parte de Siracusa. Así, sabemos que Catana fue atacada en el 476 por Hierón y sus habitantes expulsados, fundándose en su lugar, con colonos siracusanos y peloponesios, ETNA, de duración, sin embargo, efímera. Otro tirano siracusano, Dionisio, destruyó Naxos en el 403 pero ello no conllevó la definitiva desaparición de la ciudad. Los vestigios arqueológicos son testimonio de los intentos de hacer resurgir a la antigua Naxos que fue reocupada en el período posterior —siglo IV y época helenística—. Pausanias (VI, 13, 8) nos dice que en su tiempo ya no había huellas de su existencia.

No obstante, en sus momentos de esplendor estas apoikias calcidias sirvieron como vehículos de irradiación de la cultura griega en Sicilia, especialmente entre los nativos de la región del Etna, ocupada por ellos, según hemos visto a propósito de Leontinos, extensible también a Catana, la cual mantuvo estrechas relaciones con los sículos de Adrano y Paterno, enclaves ambos muy helenizados, sobre todo el último. Incluso llegaron a fundar dos colonias filiales —Gallipolis y Euboea— contadas entre las fundaciones calcidias cuya cronología debemos suponerla, a falta de datos precisos, unos cincuenta años tras la fundación de Naxos, es decir, en el primer cuarto del siglo VII. De la pri-

Colonias de la Magna
Grecia



mera desconocemos su localización exacta, pero se hallaba en la costa entre Catana y Naxos, siendo esta última su metrópoli. Leontinos lo fue de la segunda, tampoco identificada con seguridad. Ambas tuvieron una pervivencia limitada. De Euboea sabemos que fue capturada por Gelón, siendo sus habitantes vendidos unos como esclavos y otros transferidos a Siracusa (Strab. VI 2, 6; X, 1, 15; Herod, VII, 156).

A los establecimientos calcidios sicilianos hay que sumar Zancle y Mylae, las actuales Messina y Milazzo. ZANCLE, del término sículo *zanclon* que designaba la hoz o elemento curvo alusivo a la forma de su magnífico puerto, sería colonizada, de hacer caso al testimonio de Tucídides (VI, 4, 5-6), por piratas procedentes de la colonia calcidia de Cumas a los que se unirían posteriormente un contingente de calcidios y de eubeos en general. Se efectuaría, pues, en dos momentos distintos. Tuvieron como *oikistais* a Perieres y Cratemenes, originarios de Cumas y Calcis, respectivamente. Su cronología es dudosa pues falta en Tucídides y los datos aportados por otros autores son sumamente confusos. Quizá el asentamiento de los cumanos se produjera hacia el 755 —antes, por tanto, de la fundación de Naxos—, y el de los eubeos y calcidios más tarde, con posterioridad a Naxos, Leontinos y Catana.

Más tarde se produciría el cambio de nombre, de Zancle a Messene, a resultas del aflujo allí de mesenios hacia el 664-660 a. J. C.

La ubicación de Zancle, elegida para vigilar el paso del estrecho de Mesina y proteger así el acceso a las otras colonias calcidias de Italia —Cumas y Pitecusa— no era apropiada, sin embargo, para el desarrollo de una ciudad grande, puesto que toda ampliación estaba vedada por las montañas que rodean el emplazamiento de dicha colonia. Por esta razón, los habitantes de Zancle se expandieron rápidamente hacia un lugar de la costa norte de Sicilia, próxima a la metrópoli pero que podía proporcionarles las tierras necesarias. Así es como surgió MYLAE, en una península unida por un istmo al resto de Sicilia, considerada siempre un apéndice de Zancle.

Colonia también de Zancle es HIMERA (Tuc. VI, 5, 1), más hacia el Este, entre Cefalú y Paterno, fundada en 648 por calcidios de Messina y los Milétidas, grupo de exiliados procedentes de Siracusa, establecidos en principio en Zancle, así como un probable contingente de eubeos. Contaba con una extensión suficiente de tierra laborable en el valle del río Himeras pero sus dimensiones fueron siempre reducidas. La fama de su nombre la debió a la gran derrota en el 480 de la coalición formada por Terilo de Himera, Anaxilao de Rhegion y Cartago ante Terón de Agrigento apoyado por Gelón de Siracusa.

El control del estrecho de Mesina quedó definitivamente en manos calcidias con la fundación, poco posterior a la de Zancle en el lado opuesto, de RHEGION, en la que participaron también no sólo gentes eubeas sino mesenios, según nos transmite, de manera unánime, la tradición. Estos mesenios, fugitivos del Peloponeso a consecuencia de la conquista espartana de su territorio, tuvieron una participación decisiva en la vida posterior de la ciudad.

Los vestigios de la ciudad antigua son bastante escasos pues se encuentran bajo la actual Reggio, a lo que se suman los desastres ocasionados por los frecuentes movimientos sísmicos. No obstante, además de una necrópolis, se conocen los emplazamientos de los templos, más los restos del recinto amurallado y otros hallazgos cerámicos datados en el siglo VII.

Vemos, pues, que la colonización calcidia se circunscribió a dos zonas determinadas: en la península itálica,

Anfora del Pireo
(630-620)
Museo Nacional de Atenas

Campania, con el golfo de Nápoles incluido, y en Sicilia, la zona norte de la costa oriental, incluidas ambas partes del estrecho de Mesina. La expansión occidental de Calcis terminó así prácticamente con el comienzo de la nueva centuria (excepto el caso de Himera). Tan temprano languidecer no puede dejar de conectarse con la guerra lelantina, de fatales consecuencias para las dos grandes polis eubeas.

El otro gran bloque de colonias está formado por las llamadas globalmente dorias.

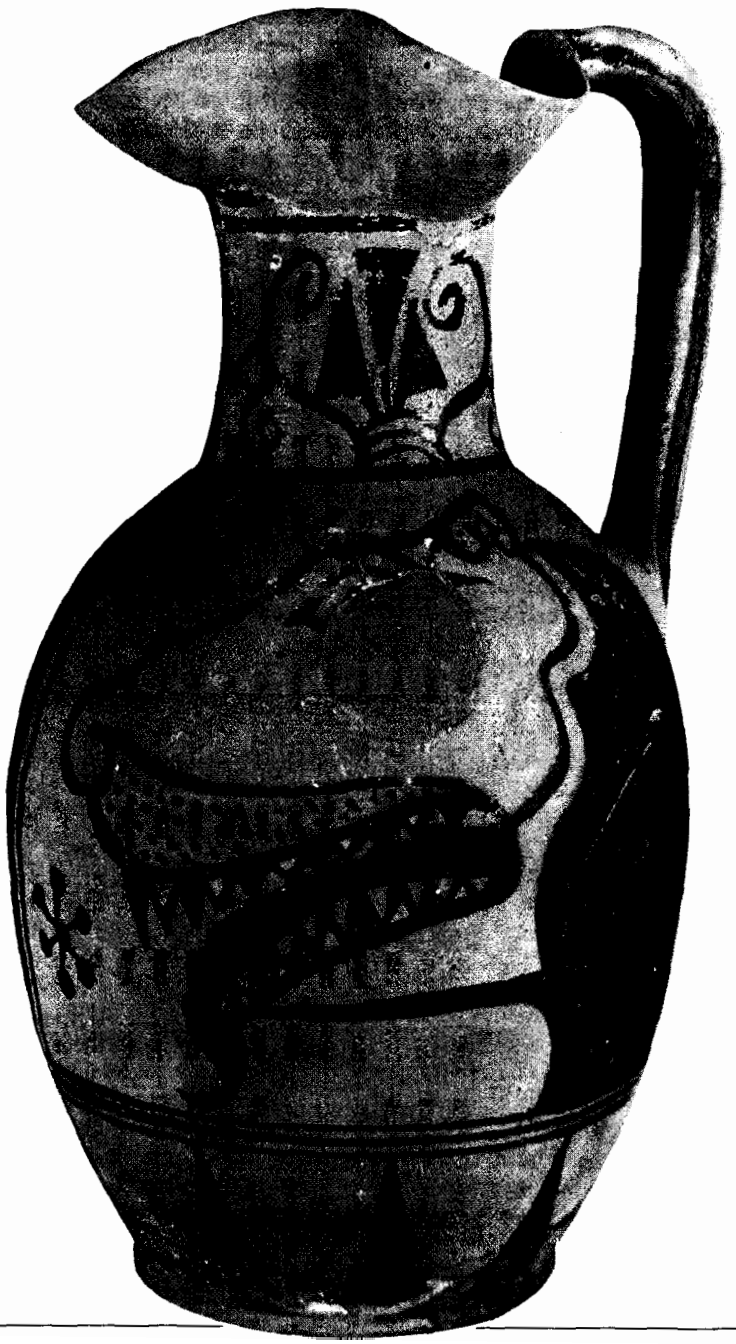
La más antigua y de mayor importancia es SIRACUSA. Fundada según Tucídides (VI, 3, 2) un año después de Naxos, esto es, en el 733, fue su *oikistés* Archias, miembro de los Baquiadas de Corinto, el cual, a consecuencia de un asunto amoroso con final desgraciado, recibió órdenes del Apolo délfico para exiliarse y fundar una colonia. El núcleo primitivo de la ciudad estaba en la isla Ortigia, de donde —según Tucídides— fueron expulsados sus primitivos habitantes sículos. Posteriormente, en el siglo VII, un dique o calzada artificial convirtió Ortigia en península. La situación era sumamente favorable en una acrópolis natural, fácilmente defendida con dos puertos y lo que es menos frecuente, una fuente de agua dulce —el manantial de Aretusa—, cuyo caudal bastaba para abastecer a toda una ciudad. Estas ventajas, indudables, no fueron suficientes, sin embargo, para sus ciudadanos que necesitaban campos cultivables con los que satisfacer sus necesidades. Éstos los encontraron en los valles interiores de Anapo y Cassibile. Así, Ortigia quedó reservada a edificios oficiales mientras el grueso de la población se concentró en las pendientes meridionales de los altos de las Epipolas, en los tres barrios conocidos de Acradine, Tyche y Neapolis.

Las noticias del historiador griego sobre la existencia del asentamiento sículo anterior a la llegada de los griegos se han visto plenamente confirmadas por la arqueología, pues, tanto en Ortigia como en los alrededores de Siracusa, se han encontrado numerosas huellas de civilización sícula correspondientes a la fase previa a los griegos. Esta primera confrontación violenta dejó paso, sin embargo, a otras relaciones de signo pacífico. La superioridad griega, conseguida por la fuerza, encuentra su reflejo en la composición social de la ciudad: sabemos por las fuentes (Herod. VI. 155, entre otros) que los indígenas fueron reducidos a la condición de esclavos —los Cillirios—, mientras que el estrato superior —los Gamorói— estaba compuesto por los descendientes de los primeros colonos y constituían, como indica su nombre, la aristocracia terrateniente.

Siracusa se expandió pronto. La fundación de Acra, Casmena y Camarina así lo demuestra. De acuerdo con Tucídides, ACRA fue fundada setenta años después de Siracusa y CASMENA, veinte años después de Acra, correspondientes a 663 para la primera y 643 a la segunda. Parece, sin embargo, que no fueron auténticas poleis independientes sino que permanecieron siempre bajo la tutela de Siracusa. La ubicación de ambas en el valle del Anapo otorgaron a ésta el dominio de un rico valle donde se cultivaban cereales y olivos. Para ello, debieron expulsar, o someter, a los sículos que lo habitaban y cuyos asentamientos se han encontrado en Pantalica, Monte Finocchito y en Pinnita.

CAMARINA tiene en contraposición a las anteriores un emplazamiento costero, en el litoral meridional de Sicilia en la desembocadura del Hiparis, evocado por Píndaro. Fue fundada ciento treinta y cinco años después de Siracusa, es decir, en el 598. Su negativa a aceptar la autoridad de la metrópoli valió a sus habitantes, derrotados por los siracusanos, la expulsión de su ciudad, corres-

Oinochoe protoático
(Mediados del
siglo VII a.C.)
Museo Nacional de Atenas



pondiente a la noticia según la cual Camarina fue destruida cuarenta años después de su nacimiento (Ps. Scimno vv. 294-296), esto es, en el 528. A pesar de ello, sin embargo, no desapareció y a comienzos del siglo V pasó a manos de Hipócrates, tirano de Gela, hasta su liberación en el 492. Años después es despoblada de nuevo por Gelón que la coloniza por tercera vez.

La región interior tras la línea Siracusa-Camarina donde existían centros sículos importantes —como demuestran los hallazgos en torno a Cassibile y Castelluccio— resultó profundamente helenizada, a resultas de la irradiación poderosa de Siracusa y sus apéndices, lo que demuestra la variedad de trato infligido a los indígenas por esta poderosa ciudad: unas veces empleó la fuerza pero también supo valerse de relaciones pacíficas.

Por lo demás, lo que conocemos de la historia de Siracusa en el siglo VII evidencia una ciudad agitada, con conflictos internos. En ellos se enmarca la expulsión de los Milétidas —mencionada supra—. Esta conflictividad interna determinaría la introducción de modificaciones en un sistema de gobierno estrictamente aristocrático y una estabilización de la situación en el siglo siguiente.

La vecina ciudad de Corinto, en el Istmo, Megara, tuvo también su papel en la colonización siciliana. Sus comienzos están relacionados en las fuentes con las empresas calcidias. Según Estrabón (VI 2, 2), las más antiguas ciudades siciliotas eran Naxos y Megara: Teocles condujo allí un contingente formado en su mayor parte por calcidios pero también por jonios y dorios, estos últimos megarenses prevalentemente. Los calcidios fundarían Naxos y los megarenses MEGARA, llamada anteriormente Hibla. El resto de dorios permaneció en el cabo Zefirio hasta unirse a los que bajo la dirección de Arquias llegaron desde Corinto para fundar Siracusa.

La versión de Tucídides (VI 4, 1-2) —nuestro testimonio fundamental— difiere de la estraboniana, pues, según su narración, mientras las primeras colonias calcidias llegaron, conducidas por Teocles, se produjo también una empresa megarense dirigida por su *oikistés* Lamis. Se estableció ésta a orillas del río Pantacia, en la localidad de Trotilo, abandonando después este enclave para aproximarse a los calcidios de Leontinos. Siendo expulsado de allí posteriormente, intentó colonizar Tapso pero encontró allí la muerte. El resto de los colonos aceptó el ofrecimiento hecho por el rey sículo Hiblon de darles tierra, fundando así, hacia el 727, la ciudad de MEGARA HIBLEA, donde vivieron hasta ser expulsados por Gelón de Siracusa. Dicha ciudad, por tanto, se incluye entre las más antiguas de Sicilia.

Del estudio arqueológico de Megara Hiblea parece deducirse que el emplazamiento del nuevo núcleo no se hizo sobre la anterior e indígena Hibla —como afirma Éforo—, pues este centro sículo se levantaba más hacia el interior, cerca de la Melilli actual, donde se han encontrado numerosos vestigios de una civilización indígena primitiva, sino en un lugar aparte del que quedan asimismo muchas huellas, dos templos, por ejemplo. Sus relaciones con los sículos, según se desprende de la tradición historiográfica, fueron excelentes desde sus comienzos. Su extensión es mucho más reducida que la ocupada por la mayoría de las ciudades griegas de Italia o Sicilia y, aunque tampoco poseía un puerto natural, su costa está protegida de los vientos del norte por el Monte Tauro, de forma que podía ofrecer ventajas para fondear. De todos modos, su territorio no puede compararse en cuanto a riqueza al disfrutado por Leontinos o Siracusa, ciudades a su vez que le cortaban toda posibilidad de expansión. Por esta razón, parte de su población se vio

forzada a emigrar, estableciendo así en el siglo VII un asentamiento nuevo, Selinunte, de mucho mayor prestigio y riqueza que su metrópoli. Esta fue destruida en el 483-2 por Gelón, reviviendo sólo en época helenística, pero no por mucho tiempo, aniquilada por los romanos cuando sitiaron Siracusa.

SELINUNTE debió su creación a colonos de Megara Hiblea dirigidos por Pammilo, el cual, según la tradicional costumbre, fue enviado por la Megara metropolitana para dirigir la empresa, acaecida cien años después de Megara Hiblea (Tuc. VI 4, 2), es decir, en el 627 o en el 650, pues según Diodoro (XIII 59, 4), se hizo doscientos cuarenta y dos años antes de su captura por los cartagineses, en el 408. El punto elegido, al Oeste de Gela en la costa meridional siciliana, sobre un altozano, disponía de una

Hidria ática
(Siglo V)
Nápoles

amplia zona apta para la agricultura, entre el mar y las montañas especialmente en dirección oeste, sin que pueda compararse, de todos modos, a las llanuras famosas de Leontinos o Gela. La falta de huellas anteriores a los griegos indica la no existencia de una ocupación previa del lugar. Las ruinas actuales constituyen un espectáculo realmente impresionante para el visitante por la enormidad de las dimensiones de los templos, dentro de un paisaje de gran belleza, testimonio todavía vivo de la riqueza alcanzada por los habitantes de esta ciudad en los siglos VI y V. La obtención de tales recursos sólo pudo hacerse a base de dominar un área importante, habida cuenta de que sus propias tierras no eran especialmente feraces. La extensión de su ámbito territorial se hizo hacia el Este, incluyéndose así la franja hasta la actual Sciacca o Termas de Selinunte. Más al Este, en la desembocadura del Platani se estableció Minoa, llamada después HERACLEA MINOA que, a pesar de ser una colonia de Selinunte, a finales del siglo VI, pasó a poder de Agrigento.

Por el Oeste, la expansión se efectuó tan sólo hasta Mazara (Mazzara del Vallo), límite ya de Selinunte, más allá del cual era territorio de las ciudades fenicias, situadas en el rincón occidental de Sicilia. Hacia el Norte, se extendió tanto cuanto lo permitieron los Elimios indígenas y la ciudad de Segesta; esta vecindad sería causante de perpetuos incidentes entre ambas ciudades.

A este grupo de colonias dorias pertenece GELA. Su emplazamiento estaba ya en la zona occidental de Sicilia, a diferencia de los fundados en el siglo VIII que, como se ha visto, surgían en la Sicilia oriental. Situada junto al río del mismo nombre, fue fundada por rodios y cretenses en una expedición dirigida por dos *oikistai,* Antiphemo de Rodas y Eutimo de Creta, en una fecha posterior en cuarenta y cinco años a Siracusa, es decir, en el 688. El primitivo reducto de la colonia, sobre una acrópolis natural, se llamaba Lindos, lo cual evidencia, junto al culto recibido por Antifemo, una preponderancia rodia.

Las circunstancias en que se produjo la fundación de la ciudad están en parte oscurecidas por el desacuerdo existente entre los historiadores antiguos, pues mientras alguno como Artemón de Pérgamo (F. H. G. IV fr. 5 y 342) hablan de los conflictos habidos al respecto con los sicanos, otros dicen que se produjo con normalidad, es decir, que no hubo oposición de los indígenas. Que éstos estaban allí aposentados lo demuestran los vestigios de un núcleo indígena con un nivel de civilización bastante retrasado. En cualquier caso, lo que sí fue objeto de oposición por parte de los autóctonos no fue tanto el propio emplazamiento cuanto el dominio de la llanura, cuyas tierras de labor bien irrigadas, famosas en la Antigüedad por su feracidad, si bien no en demasía extensas, constituían la principal fuente de riqueza para unos y otros. Los sicanos estaban, además, bien asentados en las montañas que rodean la llanura, pues han sido encontrados abundantes vestigios de ellos. Su helenización, sin embargo, puede comprobarse fue temprana, puesto que comenzó ya a mediados del siglo VII y continuó a lo largo de los dos siglos siguientes. Así lo reflejan las excavaciones emprendidas en el interior del territorio de Gela, hasta la región de Caltagirone sobre la altiplanicie de Piazza Armerina, en San Mauro, Caltagirone o Terravecchia di Grammichele. La expansión de Gela, frenada hacia el Este por Camarina —el límite estaría en el río Dirillo— y hacia el norte por los sicanos, se efectuó hacia el Oeste, fundando en esa dirección su principal colonia.

AGRIGENTO, en efecto, alcanzaría mayor importancia que Gela, su

metrópoli. Colonos de Gela fundaron Acragas, o Agrigento, ciento ocho años después de su llegada a Sicilia, en el 580, imponiendo a la nueva ciudad las mismas leyes (Tuc. VI 4, 4). El que esta expedición fuera comandada por dos *oikistai* —como le atribuye parte de la tradición— constituye un reflejo de los dos contingentes fundadores de Gela, supuestamente participantes también en Agrigento.

Según parece, a juzgar una vez más por los vestigios arqueológicos, antes de producirse la definitiva fundación de Agrigento, hubo una intentona previa, asimismo griega, realizada en la zona posterior del puerto, que fracasaría por la resistencia ofrecida por los indígenas. Existen huellas al respecto que permiten suponer un enfrentamiento entre ambos.

El emplazamiento definitivo se situó en las proximidades de la costa, pero no directamente junto al mar. Constituye uno de los más expresivos ejemplos de colonia agrícola, pues disponía de vastas extensiones de tierra, productora de abundantes recursos: cereales, aceite, vino, etc.

Ello posibilitó su enorme crecimiento, pues, no en vano a partir de la acrópolis primitiva, llegó a estar considerada como una de las ciudades antiguas más ricas y pobladas con unos 200.000 habitantes de los cuales sólo eran ciudadanos de pleno derecho un 10 por 100, unos 20.000. Las ruinas, visibles hoy en día, como las imponentes del templo de Zeus, constituyen un magnífico ejemplo de ello.

Esta ampliación de las disponibilidades territoriales agrigentinas se hizo a expensas de los sicanos, cuya resistencia quedó finalmente vencida por obra del tirano Fálaris, famoso por la crueldad de sus métodos de gobierno y cuyo mandato, desarrollado entre 565-549, acabó con su muerte violenta.

La expansión colonial griega en Sicilia quedó detenida en la parte occidental por la presencia allí de ciudades fenicias con unos intereses concretos, protegidos por Cartago.

Paralelamente a ella, se desarrolló la efectuada en el Sur de la península itálica, cuyos condicionantes geográficos y humanos imprimieron unas características diferentes. Así, podría mencionarse la difícil comunicación entre ambas fachadas marítimas e, incluso, a lo largo de cada una de ellas, por la presencia de elevadas montañas y porque la oposición indígena se demostró más fuerte y eficaz a la hora de defender su territorio contra los extranjeros.

Los griegos se asentaron en esta zona dentro del área comprendida entre la bahía de Nápoles al Norte y el golfo de Tarento al Sur sin que el litoral adriático atrajera su atención.

De las primeras fundaciones calcidias —Pitecusa, Cumas y después Rhegion— hemos hablado ya. Los estados empeñados en las colonias itálicas son, sin embargo, diferentes de los comprometidos en Sicilia. Entre ellos ocupan lugares destacados distintos grupos peloponesios, aqueos, espartanos, así como locrios y algunas ciudades griegas minorasiáticas. En cuanto a su cronología, estas fundaciones comenzaron a efectuarse a finales del siglo VIII en lugares ubicados en el golfo de Tarento.

La más temprana de las colonias peloponesias fue SIBARIS, fundada por un grupo de aqueos a las órdenes del *oikistés* Is de Elis (Strab. VI 1, 13). Parece que, al principio, fueron partícipes de esta empresa ciudadanos de Trecén, pero dada la superioridad numérica de los aqueos, éstos los expulsaron, yendo a establecerse a Posidonia. La fecha de su fundación no es del todo clara, debido al desacuerdo existente entre los autores antiguos, que la sitúan, bien en el 720, bien en el 709.

Su ubicación se situó entre los ríos Crates y Síbaris, estando antiguamente más cerca del mar que en la actualidad, debido a los depósitos

aluviales que han desfigurado la zona. Incluso, parece, se podría acceder desde el mar, río arriba. En todo caso, la proverbial riqueza de los sibaritas estaba fundada en la fertilidad agrícola de la inmensa llanura dominada por la nueva ciudad, donde se cultivaban cereales, vid y olivo, aparte de otros recursos, como la madera y la pez, extraídas de los grandes bosques de sus proximidades, y la plata de sus minas (T. Liv., XXX, 19). Tales posibilidades atrajeron a numerosos habitantes, hasta llegar a convertirse en la mayor ciudad de Italia, pues, además, dice Diodoro (XII, 9, 2), Sibaris concedía fácilmente a los extranjeros el derecho de ciudadanía. Su población llegó a contar 100.000 personas ó 300.000 según otros autores.

Sibaris dominó un extenso territorio que comprendía no sólo los valles de los dos ríos Crates y Sibaris, sino que llegaba hasta el Tirreno. A finales del siglo VII controlaba cuatro tribus y veinticinco núcleos. Sus dos colonias principales fueron LAOS y SCIDROS. La situación e historia de esta última son desconocidas quizá porque no se desarrolló. En cuanto a Laos se encontraba probablemente junto al río homónimo y fue una ciudad independiente cuyas monedas se acuñaron siguiendo modelos sibaritas.

Esta riqueza por la que Sibaris fue conocida en la Antigüedad no impidió su pronta desaparición. Los constantes conflictos con su vecina Crotona acabaron en un enfrentamiento abierto a consecuencia del cual, tras la derrota sibarita en el 511-510, esta ciudad fue arrasada, siendo desviado el río Crates para que corriera por su antiguo emplazamiento. Los supervivientes se refugiaron en las colonias próximas. Hubo varios intentos de revitalizar Sibaris, según nos informa Diodoro (XI 48, 4). Así, ya en el 476-5 fueron asediados nuevamente por los Crotona y en el 453-2 también éstos les obligaron a abdicar

Oinochoe corintio
(625-600 a.C.)
Corinto

de sus pretensiones, tendentes a un renacimiento de la ciudad. Pero entonces acudieron a Esparta y Atenas, decidiendo Pericles el envío de una colonia panhelénica. El primer grupo de colonos para la repoblación de Sibaris llegó en el 446-5, pero al año siguiente, tras surgir dificultades, los sibaritas fueron expulsados. Los nuevos colonos, más otros recién llegados, fundaron TURIOS en el 444-3 en una colina situada algo al interior.

La nueva ciudad, construida según el conocido plano hipodámico, no tendría, sin embargo, larga vida. Sus ciudadanos pronto se dividieron en dos bandos, defensores de distintos regímenes políticos, uno, democrático proateniense, otro, el de los aristócratas, proespartano. A finales del siglo V, la ciudad se fue debilitando también por los ataques de los lucanos, cada vez más belicosos. También Laos, la colonia sibarita, acabó sus días al comienzo del siglo IV.

De todas las colonias patrocinadas por Sibaris, corresponde a POSIDONIA (actual Paestum) la mayor gloria, siendo la más septentrional y además la mejor conocida. Sus fundadores fueron sibaritas pero no aqueos, sino los trecenios expulsados poco después de la fundación de Sibaris. Confirmación de esto se ha encontrado en el propio nombre de la ciudad y en el culto tributado allí a Poseidón, divinidad bajo cuya advocación estaba puesta la ciudad de Trecén. Sobre su cronología no tenemos ningún dato preciso, pero, posterior a Sibaris, debe situarse en el transcurso del siglo VII, quizá en las primeras décadas, efectuándose, al parecer, en dos momentos, según nos dice Estrabón (V n, 13), al principio en la misma costa, algo al interior después.

Su emplazamiento era favorable, desde el punto de vista de las comunicaciones. Situado a orillas del río Sele (o Silaris antiguo), dominaba el camino hacia el interior: a través del valle del Tanagro, y del Diano se alcanzaba el sur en dirección a la llanura sibarita y comunicaba con Metaponto mediante un afluente del Sele, que conducía al valle del Basento para descender hacia aquella ciudad. Por otra parte, podía conectar con Campania e Italia central a través de Salerno. Sin embargo, la ausencia de defensas naturales harían de Posidonia un objetivo fácilmente atacable, estando expuesta a intrusiones de los lucanos aborígenes.

El río Sele constituyó el límite del territorio de esta colonia. Las tierras al Norte de dicho río no entraron nunca en la órbita de Posidonia ni fueron tampoco permeables a los influjos helénicos. En manos etruscas a partir del 530-525, el Sele delimitó ambas esferas de influencia, etruscas, al Norte, griegas, al Sur. Esta situación no siempre fue cómoda para Posidonia, ni exenta de problemas. Acabó sucumbiendo a los ataques de las tribus sabélicas a finales del siglo V o comienzos del siglo IV.

CROTONA, la vecina y rival impenitente de Sibaris, fue también colonia aquea algo posterior a ésta, pues su fundación se sitúa en el 708 a. J.C. por el *oikistés* Miscello, por órdenes del oráculo délfico (Diod. Sic. fr. VIII, 17), cuyo trípode se perpetuó como emblema de la ciudad en sus monedas.

Su emplazamiento parece haber estado anteriormente habitado por indígenas, pero el núcleo primitivo, en una acrópolis sobre un promontorio, se amplió con rapidez hasta alcanzar una superficie muy vasta. Tito Livio (XXIV 3, 1) dice, incluso, que la longitud de sus murallas en el siglo III era de 18 km. Tenía un puerto doble, si bien mediocre y poco protegido, y tierras cultivables, no tan fértiles como las de su vecina, en la llanura del valle del Neto. Ello ocasionó, pues, su rápido crecimiento económico y humano, de lo que en la actualidad no queda casi ningún rastro.

Crotona era famosa entre los an-

tiguos por su templo consagrado a Hera Lacinia y situado en el cabo Lacinio (el actual cabo Colonna). Era indudablemente el más conocido de todo el Sur de Italia, quizá por haber asimilado algún antiguo culto indígena.

El episodio histórico más sobresaliente de su historia primitiva (Strb. VI 1, 10) está provisto por su total derrota en la guerra mantenida con Locros, a orillas del río Sagra, hacia el 540-535, lo que no impidió, sin embargo que, años más tarde, pudiera infligir a Sibaris un golpe tan duro que conllevó a su práctica desaparición.

La expansión crotoniana se efectuó en varias direcciones. En principio, como se ha indicado, hacia el Norte, en el valle bajo del Neto, donde surgieron los enclaves de Macallia, Petelia, Crimisa, hasta llegar al límite del ámbito de influencia sibarita marcado por el río Traente. Hacia el Sur, llegó hasta toparse con el río Sagra, frontera septentrional de Locros. En esta zona meridional de Crotona fundo CAULONIA.

Era ésta una colonia aquea, según la tradición reflejada entre otros por Estrabón (VI, 1, 10) de cronología incierta, pero posterior en todo caso a la de Crotona, atribuyéndosele normalmente la fecha de 675-70. Dadas sus dimensiones, no pasó nunca de ser un enclave de importancia reducida, aunque se han encontrado vestigios notables, como sus fortificaciones y un templo dórico del siglo V. Tras disfrutar de un período de independencia, Caulonia cayó en manos de Locros en el 389, siendo transferidos sus habitantes a Sicilia (Diod. Sic. XIV, 103-6).

También en el ámbito de poder de Crotona estaba SCYLLETION, en la misma dirección de Caulonia y antes de ésta. Probablemente, tuvo al comienzo una existencia independiente, terminando, sin embargo, por caer en manos de su poderosa vecina con cuyo territorio colindaba. Finalmente, corrió la misma suerte que la anterior, siendo anexionada a Locros a comienzos del siglo IV.

Al otro lado del istmo de Scylletion, Crotona fundó TERINA, pero desconocemos cuándo, dato este omitido por la historiografía antigua. Se supone que en el siglo VII o VI, pero más probablemente lo fue tras la destrucción de Sibaris en el 510, por el aumento de poder que esta victoria conllevó para los crotoniatas. Del estudio arqueológico se deduce su existencia a comienzos del siglo V, pues de entonces datan sus primeras monedas.

Crotona, de todas maneras, sometió a su influencia otras localidades de la costa tirrena como Medma, Hipponion o Temessa. Aparte de ello, tras la destrucción de Sibaris, toda aquella zona pasó a estar bajo su dominio, de manera que se convirtió en la ciudad más importante del Sur de Italia, si bien tal prepotencia no duró mucho tiempo, pues ya a finales del siglo V su declive había comenzado.

Entre las colonias aqueas merece una especial atención TARENTO, fundada muy poco después de Crotona, hacia el 706. El motivo de creación de esta colonia se sale de lo normal, pues, según la tradición, los colonos provenientes de Esparta bajo la dirección del *oikistés* Falanto, eran hijos ilegítimos de las espartanas, habidos con aquellos que no habían podido participar en la primera guerra mesenia. Al finalizar la guerra, fueron privados de la totalidad de los derechos de ciudadanía, y designados Parthenioi, pero, no resignándose a su suerte, organizaron una revuelta que fue descubierta. Su jefe, Falanto, fue enviado a Delfos, cuyo oráculo le ordenó la colonización de la región de Tarento (Strb. VI, 3,2 y 3,3).

Dejando aparte algunos detalles en los que difieren las diferentes versiones, el hecho de su fundación por laconios es claro, pues no sólo todos los autores antiguos están de acuerdo en este punto, sino que otra serie de datos lo confirma, por ejemplo, el

dialecto dorio empleado tanto por los tarentinos como en Heraclea, colonia de Tarento, la institución del eforado vigente en aquélla, los cultos, etc. También se presenta como evidente el hecho de que los colonos serían gente sin plenitud de derechos, deseosa de tierras para cultivar de las que se veían privados en Esparta por su *status* jurídico.

No parece que su asentamiento en el punto elegido fuera origen de problemas con los indígenas, como tampoco los hubo en estos primeros momentos de la colonia. Más bien debemos presuponer lo contrario. El hallazgo de algunos vasos protocorintos en la Apulia meridional apunta hacia la existencia de una corriente de intercambios con los indígenas, ya a comienzos del siglo VII.

Tarento tenía una situación muy ventajosa derivada sobre todo de su puerto, el mejor, sin duda, de toda la costa meridional de Italia, que sería la clave en el desarrollo de la ciudad. Disponía también de terrenos cultivables, si bien aquella zona apulia era, en general, bastante árida, aunque producía cereales, vid y olivo. También fue famosa por sus caballos.

El recinto urbano de la ciudad se extendió hacia el Este. Una sistemática investigación arqueológica está imposibilitada, no obstante, por hallarse bajo la ciudad actual. Por esta razón, sólo se han hallado restos esporádicos que nos ilustran, sobre todo, del florecimiento de la vida religiosa en el siglo VII.

Las relaciones con las tribus italiotas no siempre fueron pacíficas. Conocemos la existencia de conflictos a comienzos del siglo V con mesapios y peucetios, pero lo más destacado es el enfrentamiento con los yápigos que derrotaron tremendamente a los tarentinos en el 473. A consecuencia de ello, se produjo en la ciudad una revolución de carácter democrático, base del subsiguiente florecimiento de la ciudad.

Comparada con otras colonias griegas de su entorno, Tarento no alcanzó una extensión territorial equiparable ni siquiera en los momentos álgidos de su poder a comienzos del siglo IV, pues nunca sobrepasó la línea del ángulo nororiental del golfo de Tarento. Sí tuvo una irradiación cultural notable, que alcanzó de hecho, toda Apulia.

En la zona sureste de la ciudad estaba ubicada CALLIPOLIS, considerada al unísono como griega. Se trata de un islote situado en la entrada del golfo tarentino, unido a tierra por un estrecho itsmo, dotado además de un manantial. Estuvo habitado probablemente por indígenas antes de la llegada de los griegos, provenientes éstos de Laconia y llamados por los propios tarentinos. No fue nunca una ciudad independiente sino bajo la autoridad de Tarento.

Plinio, por su parte, da cuenta de una colonia tarentina en la costa adriática PORTO TARENTO (NH III 101) pero que hasta hoy sigue sin identificarse. Ubicada entre Otranto y Brindisi quizá corresponda al actual Porto Adriano. Tampoco sabemos la fecha de esta fundación.

En el siglo V, Tarento dirigió sus ojos al suroeste para intentar lograr la expansión que en Apulia le estaba vedada como consecuencia de la resistencia presentada por los autóctonos. Así se produjo la fundación de HERACLEA, en el 433-2, en el emplazamiento de la antigua Siris, a la par que se aseguraba la supremacía de la liga italiota. A fines de esta misma centuria, Metaponto entró también en la órbita de Tarento, aunque manteniendo su independencia política. Señalaba en cualquier caso el límite de la expansión territorial tarentina.

Podemos cerrar la serie de colonias aqueas con una importante ciudad, METAPONTO, atribuida en la leyenda a Néstor y sus compañeros pilios al regreso de la guerra de Troya. Sus colonizadores llegaron a

Italia llamados por Sibaris, dispuesta a impedir que Tarento se apoderara de las regiones vecinas (Strab. VI, 1,15). Sea o no verdad éste y otros detalles de su fundación, lo cierto es el origen aqueo de Metaponto, asegurado por la coincidencia de los testimonios al respecto, siendo su cronología aproximada los comienzos del siglo VII. Parece, no obstante, que en su fundación intervinieron otras ciudades, siendo la más segura la de Focea.

Se halla enclavada esta colonia entre Tarento y Heraclea, en una llanura litoral entre los ríos Basento y Bradano. Probablemente, estaría más próxima al mar en la Antigüedad que ahora, debido a que los depósitos de aluviones de los ríos han ganado terreno al mar. No parece que aquel punto estuviera habitado con antelación, pues el núcleo indígena está situado algo más al Norte. Las posibilidades de aquella llanura fueron explotadas rápidamente, debiéndose a ellas la riqueza de la ciudad. Su base agrícola está confirmada, además, en el emblema elegido en sus acuñaciones, consistente en una espiga de trigo, principal producto extraído de su tierra. Posteriormente la facilidad de comunicación con Posidonia a través de los valles del Basento y del Sele —antiguo Silaris— favoreció los intercambios comerciales que contribuyeron, sin duda, al auge económico de la ciudad.

Las aspiraciones de Metaponto a controlar las tierras cultivables de los alrededores justifican los enfrentamientos a que se vio abocada con los enotrios itálicos y con los tarentinos. Hacia el Noreste, el límite de su expansión estuvo marcado por el río Bradano, mientras que en dirección opuesta, hacia el Sureste llegó hasta los confines de Siris. Hacia el interior, quizá no pueda hablarse de autoridad efectiva, sino de una irradiación cultural, demostrado por la penetración entre los indígenas de la influencia griega. El apogeo de la ciudad se alcanzó en el siglo VI, decayendo posteriormente hasta el extremo de entrar, como hemos visto ya, en la órbita de Tarento en el siglo V sin llegar a una pérdida de su independencia, como la pervivencia de las acuñaciones metapontinas parece sugerir.

Actualmente, poco queda en pie de la floreciente ciudad de antaño. Tan sólo algunas columnas del templo consagrado a Hera, heredero y continuador, al parecer, de un antiquísimo culto enotrio y los imponentes revestimientos de terracota del dedicado a Apolo.

La relación de colonias griegas en el sur de Italia no estaría completa sin la mención de otros dos importantes centros: Siris y Locros.

SIRIS tuvo una existencia bastante breve lo que quizá justifique lo confuso de la tradición relativa a ella. Fundada en el 675 por Colofón, cuyos ciudadanos huyeron de su patria a consecuencia de la expansión lidia, comandada por Giges, la nueva ciudad hizo rápidos progresos, llegando a ser realmente próspera. Asentada en un lugar de gran riqueza agrícola, la opulencia y lujo de sus ciudadanos fue famosa en la Antigüedad hasta ser parangonable a la de los sibaritas (Ateneo XII 523 c y d). Ello les acarreó las envidias de los estados vecinos —Sibaris y Metaponto— los cuales entre 575 y 535, aliados a su vez con Crotona, capturaron y destruyeron la ciudad, que dejó así de existir. No obstante, el lugar de su emplazamiento —dada su feracidad agrícola— fue objeto de disputa entre las ciudades asentadas en sus inmediaciones, sobre todo entre Turios y Tarento, saliendo victoriosa esta última que logró establecer en aquel territorio su colonia Heraclea.

Siris no ha podido ser localizada en la actualidad con exactitud. Se alzaba, sin duda, muy próxima al mar, en la margen izquierda del río Sinni, vía de comunicación natural con la costa tirrena y aunque el itinerario no

Pyxis corintio
(Finales del siglo VII a.C.)
Museo Nacional de Atenas

deja de ser dificultoso, parece que fue utilizada por los antiguos que conectaban así con Pissunte (Pyxus), situada al Sur de Elea, ciudad cuya primera mención histórica data del 471-470 (Diod. Sic. XI 59,4), cuando Micito, regente de Reggio y Messina, envió allí una colonia de la que no sabemos nada, pero de existencia anterior como demuestran sus acuñaciones del siglo VI.

LOCROS tiene también una tradición historiográfica poco clara. Las discusiones comienzan ya a propósito de qué grupo dentro de los locrios protagonizó esta empresa colonial, si los opuntios o los ozolos, cosa en la que los distintos autores antiguos no se ponen de acuerdo. Estrabón (VI 1, 7) rechaza la atribución a los locrios opuntios hecha por Éforo y prefiere otros testimonios más numerosos que la achacan a los ozolos que habitaban una zona más próxima a Italia —la costa septentrional del golfo de Corinto—, mientras que el grupo opuntio tenía su solar en las orillas del canal de Eubea. Su fundación se hizo, de todos modos, algo después de Crotona y de Siracusa y más concretamente hacia el 679-8 a 673-2. Al comienzo, según el geógrafo griego se establecieron en el cabo Zefiro, razón por lo cual recibió la ciudad el atributo de Epizefiria, adjetivo que distinguía en verdad a los locrios occidentales, itálicos, de sus hermanos más orientales. Al no encontrar tierras suficientes la abandonaron.

No obstante, propugnaban a los locrios opuntios como los fundadores de la colonia autores como Pausanias (III 19, 12), Timeo y Aristóteles (en Polibio XII 5-16). Las noticias de Po-

libio en esta cuestión contienen otros puntos de interés. Apoya éste el criterio aristotélico de acuerdo con el cual los locrios de Italia eran los descendientes de los esclavos que se habían unido a las mujeres de sus patronos, fundamentado en las costumbres patriarcales vigentes entre los locrios epicefirios. Así, dice Polibio, eran considerados nobles los hijos que descendieron por línea femenina de las cien familias, grupo que componía la élite social en la Lócride natal antes de la fundación de la colonia, y entre ellas se elegían las vírgenes que, según las órdenes del oráculo, debían ser entregadas a Troya como expiación de la culpa de Ayax. Algunas jóvenes muchachas de estas familias abandonaron su tierra y se encaminaron a la colonia, constituyendo sus descendientes la nobleza de la nueva ciudad.

El emplazamiento donde se alzaría Locros estaba habitado cuando se produjo la llegada de los nuevos colonos. Éstos, considerados más fuertes por los nativos sículos, recibieron buena acogida no obstante la cual el grupo de sículos residentes en el lugar fue expulsado mediante una estratagema. Esta ocupación previa ha sido, en efecto, confirmada por la arqueología, así como la súbita interrupción de tal asentamiento a comienzos del siglo VII. El estudio de tales vestigios manifiesta que se trataba de una civilización similar a la de los sículos de Sicilia oriental, con los cuales este grupo itálico debía estar emparentado. Entre ellos se han encontrado objetos cerámicos griegos, reveladores de la existencia de relaciones previas con las ciudades griegas.

La ubicación de Locros no era tan favorable como la de otras colonias, pues cuando se procedió a su fundación, los mejores lugares estaban ocupados ya. Disponía de algunas tierras cultivables, no parangonables, sin embargo, a las de sus vecinas. Tampoco tenía un puerto natural, estando además sus posibilidades expansivas limitadas por las poderosas ciudades próximas. Esta razón fundamental impulsó a los locrios a probar fortuna en otras zonas. La figura más conocida de entre los locrios epicefirios es la de su legislador Zaleuco, el más antiguo de los legisladores griegos. No obstante, la constitución locrense era estrictamente aristocrática pues ya hemos visto cómo el poder estaba detentado en exclusiva por los miembros de esas cien familias.

El ámbito geográfico elegido por Locros para conseguir esa expansión, que su escasez de recursos hacía necesaria, fue la costa tirrena opuesta a ella. Allí establecieron la colonia de MEDMA (Str. VI 1, 5), situada en medio de una llanura, en la zona actual de Piano delle Vigne, donde se han hallado numerosas terracotas que apuntan a su temprana ocupación pues datan de mediados del siglo VI. En el siglo V era ya suficientemente poderosa como para aspirar a su independencia.

En esa misma llanura hacia el Sur los locrios fundaron METAURO, junto al río homónimo. Parece ser que, anterior a este asentamiento, fue otro, propugnado por los calcidios de Zancle, a los que sustituirían. El río Petrace (antiguo Metauro) señalaba el límite septentrional de la vecina Rhegion. La exploración arqueológica del lugar, la actual Gioia Tauro, ha descubierto huellas de un templo arcaico.

En dirección opuesta, es decir, al norte de esa llanura y de Medma se emplazó otro enclave locrio, HIPPONION, procedencia confirmada unánimemente por la tradición. Allí había un asentamiento indígena sículo anterior que perduró hasta el siglo VI, revelador a su vez de la existencia de intercambios con los griegos vecinos.

Desconocemos su cronología exacta, pues los hallazgos arqueológicos encontrados hasta ahora proceden del siglo V y no podemos saber, por

tanto, si es anterior al siglo VI. La ciudad, en cualquier caso, hizo fortuna enseguida al disponer de riqueza agrícola, pero obtenida también por el comercio y la pesca. Este florecimiento económico posibilitó el enfrentamiento abierto que junto con Medma plantearon a Locros en el 422.

La colonización griega del Sur de Italia llegó a su fin con el establecimiento de ELEA, fundada por los focenses expulsados de Córcega, ayudados por gentes de Rhegion. Acaeció en torno al 540 o poco después. Ello está de acuerdo con los lazos que unían a los focenses con las colonias calcidias de Occidente. Dos de éstas, Zancle y Rhegion controlaban el paso del Estrecho de Mesina, lo que les permitió tener libre acceso al Tirreno.

Los vestigios arqueológicos de la ciudad pertenecen en su mayoría a los siglos V y IV y sólo una pequeña sección es contemporánea de la fundación de la ciudad. Destaca entre ellos el templo de Poseidón. Existía otro dedicado probablemente a Atenea, datado en el siglo V.

La ciudad fue próspera a pesar de su relativo aislamiento, pues las relaciones con su vecina Posidonia no fueron siempre fáciles, sabiendo también evitar los conflictos con los lucanos indígenas. Su actividad fundamental parece que estuvo enfocada al mar, como confirmaría el culto a Poseidón, aunque disponía de tierra en la llanura costera, irrigada por los ríos Alento y Fiumarella.

2. Galia y Occidente mediterráneo

La primera observación a hacer con relación a estas zonas occidentales del Mediterráneo es el papel protagonista de la ciudad minorasiática de Focea. Las aguas occidentales eran, asimismo, conocidas de antaño para los griegos, pero sólo más tardíamente en el siglo VII entraron de lleno en la órbita colonizadora helénica cuando ya estaban ocupadas las mejores tierras —Sicilia, Sur de Italia y Ponto Euxino.

En la zona del Golfo de Lyon, el lugar elegido corresponde al emplazamiento de MASSALIA (Marsella). La preponderante presencia de los etruscos —que dominaban las rutas del Tirreno y traficaban desde hacía años en esa zona, cosa demostrada arqueológicamente en puntos numerosos de las costas de Provenza y Langedoc, no pudo impedir a las gentes de Fócea establecerse allí, culminando así su actuación en una fecha situada en torno al año 600. Su emplazamiento es realmente ventajoso, puesto que disponía de tierras abundantes, aptas para los típicos cultivos mediterráneos —cereales, vid, olivo—, y a la par, era la salida de una incipiente ruta comercial que, aprovechando el curso del Ródano, comunicaba con las zonas septentrionales de donde procedía, por ejemplo, un metal tan importante como el estaño. En estas circunstancias su progreso fue rápido, manteniendo un amplio abanico de relaciones ultramarinas, tanto con otros enclaves focenses del Mediterráneo occidental como con ámbitos más alejados, demostrado ya a partir del 580 con la presencia en la ciudad de cerámica griega de muy diversa procedencia —además de las características corintias y áticas, las hay laconias, calcidias, quiotas y minorasiáticas—, Massalia se convertiría, en efecto, en la ciudad comercial más importante de todo el

área al Oeste de Italia, manteniéndose así hasta la época romana.

La expansión de su poderío quedó reflejada, a su vez, en su serie de asentamientos repartidos por la costa del Sur de Francia y rincón noroeste de la Península Ibérica. Sin embargo, y a diferencia de los usos habituales de los griegos en la colonización antigua, asistimos en la mayoría de los casos a la formación de comunidades no autónomas, sino dependientes de Massalia. Tales son los casos de Antipolis, Nicaia, etc., e incluso los enclaves hispanos de Ampurias y Rhode. Su dependencia estaría expresada en el pago de un tributo, a manera probablemente de canon enfitéutico, a la ciudad dominadora, puesto que ésta conservaba el título de propiedad de todas las tierras de su ámbito colonial.

En cuanto a la Península Ibérica, el problema de la presencia griega en nuestro suelo es una cuestión muy debatida y no aclarada de modo definitivo.

Indudablemente, existieron contactos entre la Península y el Mediterráneo oriental desde fechas muy altas de nuestra historia. Baste recordar lo que las culturas del Bronce del mediodía hispano especialmente los Millares primero, el Argar después deben a ese impulso, motivado a su vez por la riqueza minera proverbial de la zona sur peninsular. Quiere esto decir que las rutas conducentes a las Columnas de Hércules eran ampliamente conocidas en el ámbito egeo-anatólico, puesto que durante siglos se sirvieron de ellas con objeto de atender a sus necesidades de materias primas, más indispensables cuanto más se utilizaban los metales.

No obstante, una cosa es conocer unas rutas comerciales y otra cosa es emprender la colonización de las zonas dotadas de esos recursos. Y ciertamente, hay que contar en este aspecto con el temprano inicio de la colonización fenicia del Sur peninsular que las fuentes históricas retrotraen al siglo XI a. J. C. Quiere ello decir que los griegos debieron contar con este factor a la hora de poner sus miras en el extremo occidental del Mediterráneo.

Precisamente este punto constituye la piedra de toque para el esclarecimiento de la cuestión. Hay que decir, que la divergencia de opiniones se debe a la diferente interpretación del material arqueológico, cada vez más abundante conforme se va ampliando el número de excavaciones abiertas, científicamente estudiadas. Son, por tanto, los arqueólogos los que llevan la voz cantante en el tema.

En resumen, esta diversidad de criterios puede reducirse a dos tendencias: los defensores de la existencia real de la presencia griega en el mediodía hispano y aquellos que la niegan, al ver más bien en los semitas, a los portadores de esos objetos materiales, sacados a la luz por las excavaciones.

M. Bendala, en un artículo publicado hace unos años sobre las estelas decoradas del Suroeste (*Habis*, 8, 1977, pp. 177-205), ampliado con la consideración de otros elementos culturales sobre todo la cerámica, especialmente los vasos pintados tipo «Carambolo» (AEspA, 52, 1979, pp. 33 y ss.) afirma, que estos son de origen griego y no fenicio «entendiendo lo griego en un sentido muy amplio con inclusión de lo rodio, chipriota o microasiático— y fundamentalmente con exclusión de lo semita». Así, los elementos representados en la mayoría de las estelas grabadas del Suroeste son de origen mediterráneo: los escudos tienen paralelos en el mundo Samiochipriota; las fíbulas en Chipre o Sicilia; los carros son similares a los representados en los vasos funerarios áticos del Geométrico; lo mismo podría decirse de algunas armas, los peines, espejos, etc. En cuanto al tipo de vasos citados, son ésos en opinión del Bendala, la versión local de las cerámicas del Geométrico griego, derivados de la cerámica geométrica de los períodos antiguo y medio hasta los

inicios del período reciente. El eslabón entre las cerámicas griegas y las hispanas estaría constituido por un fragmento cerámico griego del Geométrico medio, datado hacia mediados del siglo VIII, encontrado en Huelva. Por lo demás, la cronología propuesta para estas cerámicas y su reparto geográfico coinciden con las de las estelas grabadas, por lo cual, estudiado en su conjunto, es clara su derivación de impactos culturales procedentes del Mediterráneo oriental. Rechaza, así, la acción fenicia como responsable de este impacto cultural añadiendo que «puede conducir a graves errores en el estudio de nuestra realidad arqueológica e histórica». Se deberían, por el contrario, a la llegada de gentes griegas responsables, pues, de un impulso fundamental en la génesis de la civilización tartésica, lo cual, a su vez, se incardina muy bien con la tradición escrita sobre la favorable acogida dispensada a los griegos por los tartesios (Heród. IV, 152).

Oinochoe corintio
(Siglo VII a.C.)
Museo Nacional de Nápoles

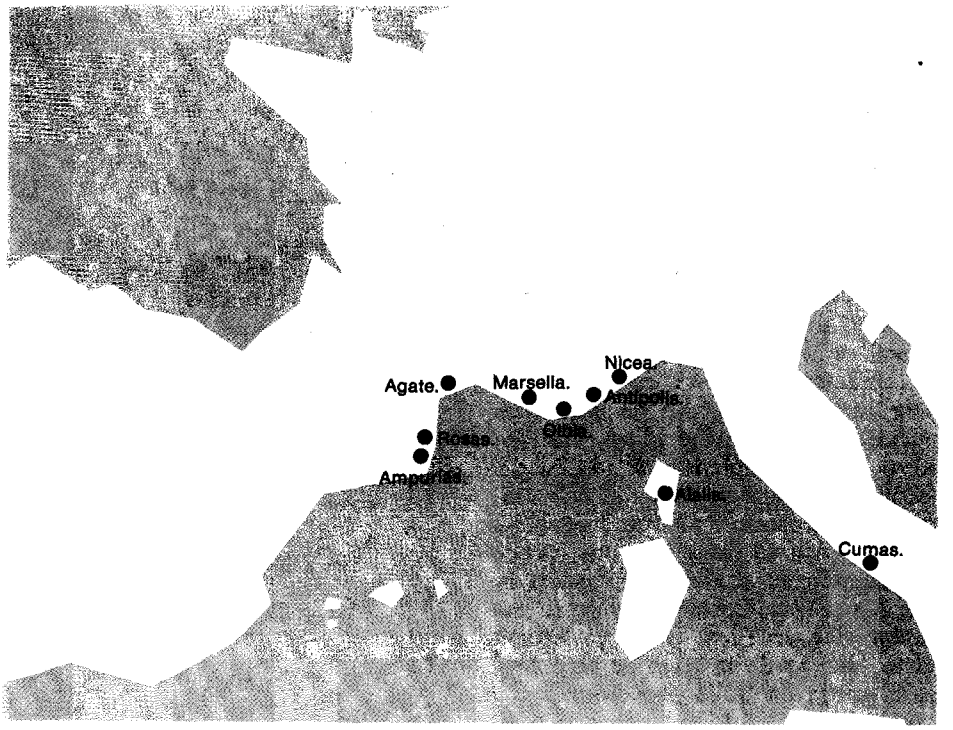
Los partidarios de la segunda teoría mantienen el criterio de responsabilizar a los fenicios de la presencia de objetos griegos. Éstos, exportados primero hacia las costas orientales mediterráneas, serían traídos a Occidente. Así, por ejemplo, interpreta M. Fernández Miranda (AEspA, 52, 1979, p. 56) el fragmento cerámico hallado en Huelva y citado anteriormente. Fenicios y cartagineses, además, estarían tan familiarizados con los tipos áticos o corintios, que los imitarían fácilmente. De la misma manera interpreta otros hallazgos de cerámica griega producidos en diversos enclaves del ámbito fenicio en la Península con una cronología entre el siglo VIII-VI a. J. C. Los habidos fuera del mediodía hispano tienen una datación más baja, no siendo anteriores a fines del siglo VI y corresponderían a un aumento de la actividad comercial griega, impulsada sobre todo por Marsella. Es decir, los objetos griegos encontrados en todo el Sur peninsular con una cronología alta se deberían a la acción fenicia, mientras que los hallados fuera de su área, desde Villaricos hasta el norte de Cataluña, de datación más baja, responderían a una presencia griega a partir de Massalia. Llevando más allá todavía esta teoría, apunta la posibilidad de que los numerosos hallazgos de piezas de tradición, no fabricación, fenicia halladas en la costa catalana se debieran a influencias orientales no griegas que habrían precedido a las navegaciones griegas y que sólo serían sustituidas por éstas tras la fundación de Massalia, Ampurias y otros enclaves que fortalecieron la presencia griega en toda el área.

Sólo a partir del primer cuarto del siglo VI el panorama se modificaría, al detectarse una expansión del comercio griego al Sur peninsular —a partir también probablemente de Massalia y sus centros hispanos— demostrado por el hallazgo de un óbolo focense en Sevilla y la serie de cerámicas griegas y otras imitadas localmente que responderían a esa expansión.

Los mismos hechos, pues, son interpretados de muy distintas maneras.

Aparte de los datos arqueológicos, contamos con otros de índole historiográfica. Según esta información, el primer viaje hacia nuestras costas fue protagonizado por Coleo, navegante de Samos, el cual, al dirigirse hacia Egipto, fue desviado por los vientos que lo llevaron más allá de las columnas de Hércules, a Tartessos, pudieron conseguir una carga de plata de 60 talentos, cuyo diezmo ofrecieron en su patria a Hera. La cronología de esta aventura, que, pese a detalles inventados, es unánimemente considerada histórica, debe situarse hacia el 650, puesto que aparece en relación con la fundación de Cirene. Aunque ella no originó ningún establecimiento colonial debemos considerarla como la continuación de una actividad comercial, ejercitada desde muchísimo tiempo antes y que sería emprendida por los griegos de la época arcaica, una vez comenzado su proceso de normalización tras los siglos oscuros.

Las colonias griegas peninsulares fueron, como hemos dicho ya, empresa de Focea. Heródoto (I, 163) nos informa de la presencia de focenses en Tartessos a finales del siglo VII o comienzos del siglo VI, cuyo rey Argantonio les ayudó económicamente, una vez que rechazaron su ofrecimiento de establecerse en territorio tartesio. El conocimiento de los focenses de la región meridional hispana y de las posibilidades de Tartessos les impulsaría a la creación de dos enclaves: MAINAKE y HEMEROSCOPEION. Su datación habría que situarla en torno a los comienzos del siglo VI. Aparte de éstos, otros nombres nos son dados a conocer por la historiografía antigua (Avieno, Estrabón, etc.), como Heracleia, Alonis, Akra Leuce, Cipela, etc. Sin embargo, la investigación arqueológica no



Colonización de la Galia y occidente Mediterráneo

corrobora en absoluto las citas antiguas, de manera que incluso J. Fernández-Nieto llega a afirmar que se trata de «una descripción foceo-masaliota de seis puntos de embarque y atracaderos más visitados en el dominio fenicio *(Historia de España* I, p. 547).

Es necesario también señalar, que algunas fuentes tardías afirman la existencia de una colonización rodia en la zona NW peninsular, resultado de la cual sería la fundación de RHODE (Rosas) en una fecha muy alta, en el siglo IX a. J. C. Arqueológicamente, sin embargo, los materiales encontrados en dicho lugar son bastante más tardíos —de fines del siglo V— así como lo son también, aunque no tanto, otros hallazgos griegos habidos en aquella área, extensible hasta Massalia, fechables en el siglo VII. De todas formas, todo ello no probaría sino el conocimiento que los rodios, entre otros, tenían de aquellas zonas. Rhode sería, por tanto, una colonia griega en la órbita masaliota, la cual efectuó en el siglo IV, no sabemos si a iniciativa propia o de Rodas, un tratado de *isopoliteia* (igualdad de derechos políticos) con esta ciudad.

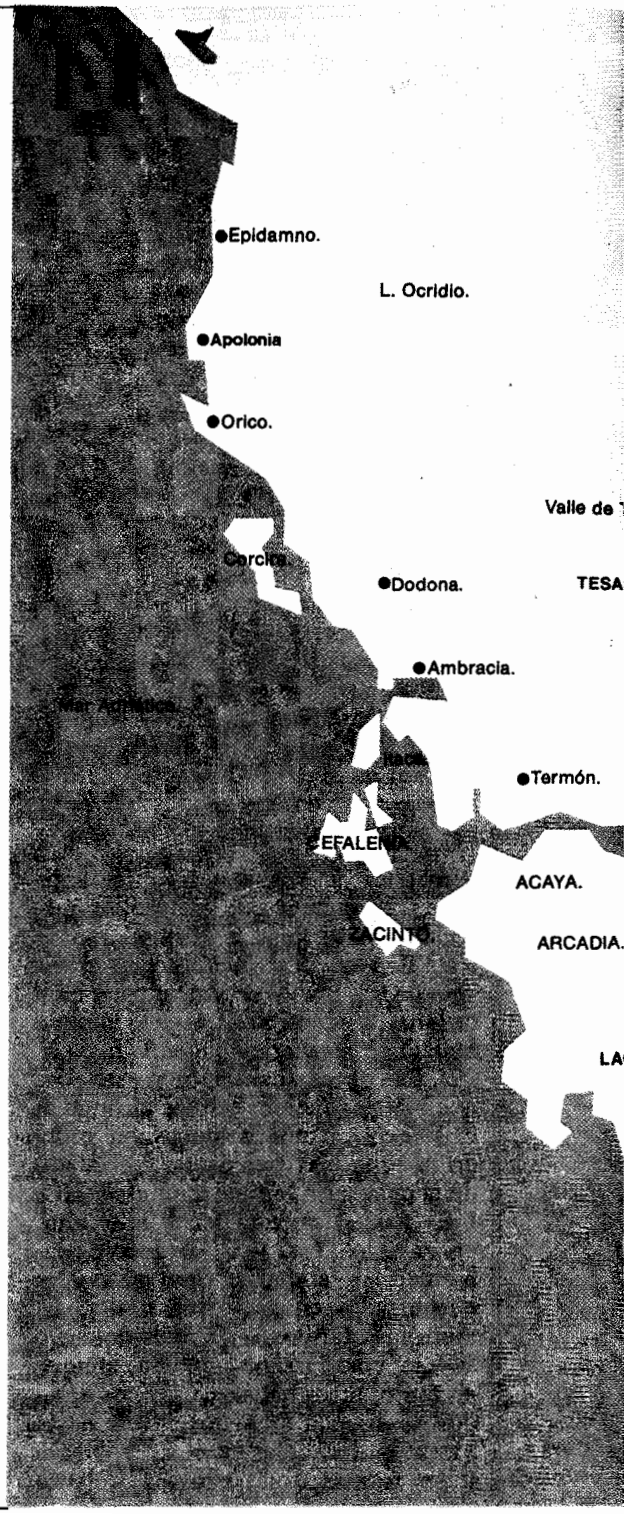
El asentamiento griego hispano mejor conocido es, sin duda, el de AMPURIAS, fundado casi a la par que Marsella, en torno al 600 o poco después por focenses de Massalia. Al principio, estuvo situado en un islote próximo a la costa, donde estaría la Palaiópolis (o «ciudad antigua»), para aposentarse en tierra firme algunos años después —siguiendo un proceso muy practicado por los griegos, donde surgiría la Neápolis («ciudad nueva») en torno al 575, según demostración arqueológica. Junto a ella existía

un poblado indígena, Indike, que poco a poco quedó colindante con el establecimiento griego, lo que demuestra la buena acogida dispensada por los autóctonos a los griegos con los que mantuvieron una relación de buena vecindad. El carácter comercial de Ampurias queda reflejado en el nombre de Emporion elegido para bautizar este enclave. Reforzaba el papel de Massalia en una zona que le interesaba controlar y desde la que enlazó relaciones comerciales con todo el litoral oriental de la Península.

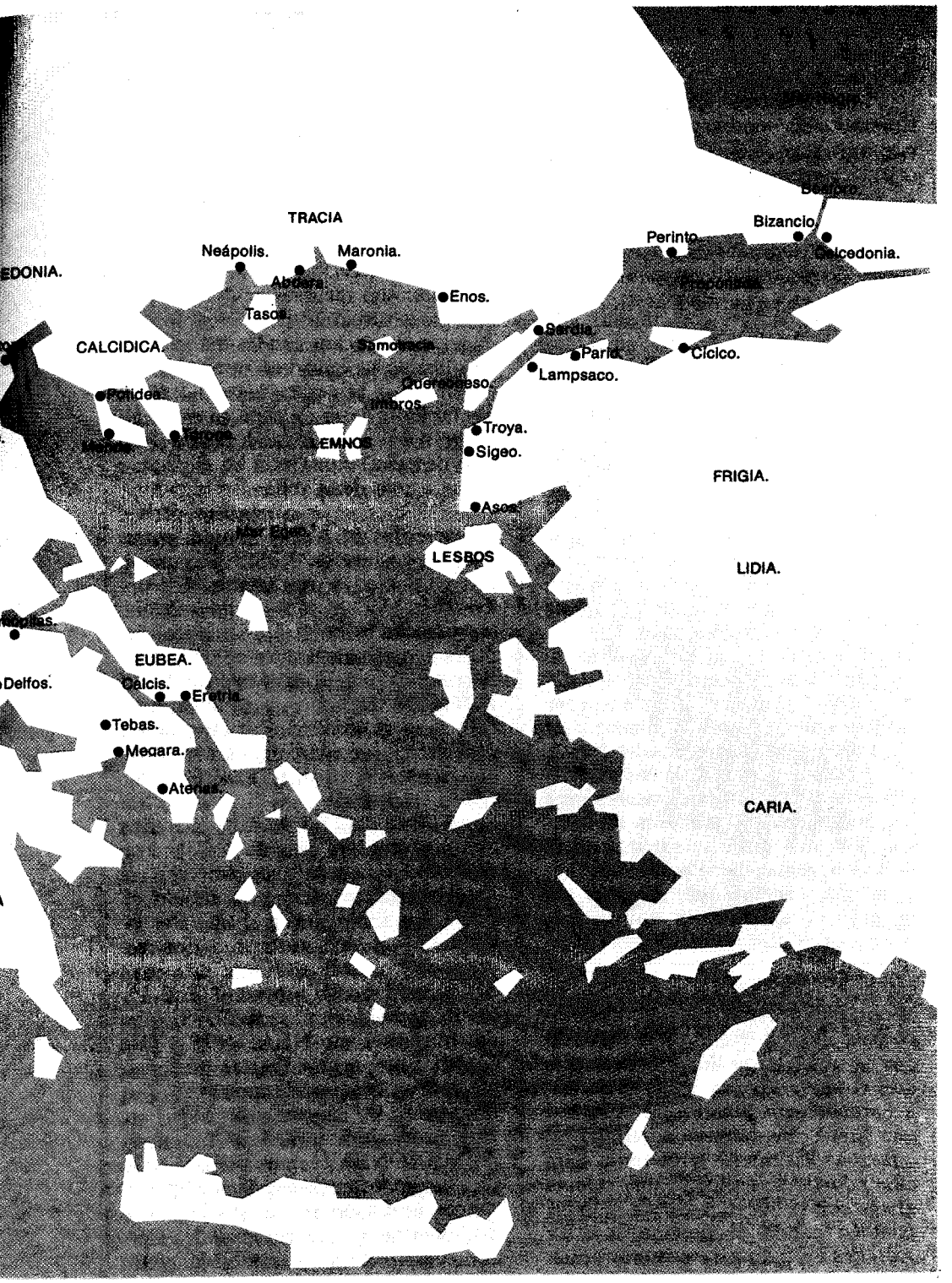
Finalmente, nos haremos eco de otra fundación focense en este área occidental del Mediterráneo. Me refiero al asentamiento de ALALIA (Córcega), fundado hacia el 560, como hito necesario en la ruta hacia Occidente. Allí se refugiaron los focenses cuando su ciudad fue capturada por los persas. Posteriormente se establecerían en Elea, como ya hemos visto, dentro de la zona de colonización griega en Italia meridional.

3. Costa septentrional del Mediterráneo hasta el Mar Negro

La colonización de estas zonas tuvo como objetivo primario proteger las rutas hacia la Magna Grecia. De ahí que fuera impulsada por los estados griegos más tempranamente comprometidos en ella. Con estas motivaciones se fundó CORCIRA (Corfú) en el Adriático, a cargo de los eubeos, eretios y calcidios, de donde, no obstante, fueron expulsados pronto por los corintios. Los primeros debieron de estar allí muy poco tiempo, puesto que la investigación arqueológica de la isla —magnífica vigía de los estre-



Ciudades griegas del Adriático oriental y del norte del Egeo


TRACIA
Neápolis.
Maronia.
Abdera.
Enos.
Tasos.
CALCIDICA.
Samotracia.
Potidea.
EMNOS
Troya.
Sigeo.
FRIGIA.
Asos.
LESBOS
LIDIA.
EUBEA.
Delfos.
Calcis.
Eretria.
Tebas.
Megara.
Atenas.
CARIA.
Bizancio.
Perinto.
Calcedonia.
Sardis.
Parion.
Cicico.
Lampsaco.

chos costeros— tan sólo ha revelado la huella del asentamiento corintio, establecido hacia el 733.

Las relaciones de Corcira con Corinto, sin embargo, no fueron siempre lo buenas que hubiera podido esperarse, dados esos lazos morales habituales entre la apoikía y su metrópoli. No obstante, Corcira permaneció en el ámbito cultural corintio como lo demuestran sus vestigios cerámicos.

Corcira fundó muy pronto una colonia filial, EPIDAMNO, en el litoral ilirio (la actual Durazzo), datada en el 627, cuyo atractivo residía probablemente en las minas de plata de sus proximidades.

En esta misma área pero más al sur se sitúa otro enclave, APOLONIA, debido a iniciativa de Corinto. Su fecha ha de ser más o menos simultánea, quizá algo posterior a la antes mencionada, pues la cerámica encontrada —corintia y rodia— data del año 600 más o menos.

También en el litoral ilirio se produjo la fundación de CORCIRA NIGRA debida a una empresa conjunta de Corcira y la minoasiática Cnido, acaecida a comienzos del siglo VI.

El lado opuesto de la costa adriática no tuvo en principio interés para los griegos en los primeros momentos. Sólo más tarde se situaron en la desembocadura del Po algunos núcleos que, además de disponer de magníficas extensiones cultivables, podían estar destinados a servir de intermediarios en el comercio con los estruscos. Así, SPINA y ADRIA. El importante volumen de intercambios despachado allí puede estar ilustrado por la abundancia de cerámica ática de los siglos VI y V encontrada por los arqueólogos. Parece, no obstante, que Spina fue fundación etrusca en una zona de interés preferente para ellos, donde se asentaría una colonia griega con la que convivirían, aunque también cabría el proceso inverso. Adria es en todo caso posterior, pues fue enviada por los atenienses en el 325 a. J. C. Los colonos se integrarían quizá en una ciudad en origen etrusca.

En cuanto a la zona norte del Egeo, fue una vez más la ciudad eubea de Calcis la que intervino allí tempranamente. Las motivaciones de estos primeros asentamientos, calcidios o no, serían de orden agrícola a la vez que derivados de la necesidad de contar con recursos madereros para la construcción de barcos, que podían ser satisfechos con los magníficos bosques de la Calcídica y resto de la costa. En un principio, las explotaciones famosas de oro y plata en torno al Pangeo no serían consideradas. Tan sólo después se erigirían en el principal atractivo de la zona. En la península calcídica cuyo nombre se deriva obviamente de Calcis, fundó entre otros el enclave de TORONA, mientras que colonos procedentes de Andros establecían con ayuda calcidia otros enclaves en el área oriental de dicha península egea. Su colonización se completó con el enclave corintio de POTIDEA fundado en torno al año 600. A su vez los eretrios, expulsados de Corcira por los colonos corintios, se asentaron en METONE, en el Golfo sarónico.

La isla de TASOS situada frente al litoral tracio al Este de la Calcídica fue colonizada por Paros, empresa en la que participó como es sabido el poeta Arquíloco, hacia el 670. Posteriormente, se aventuraron a establecerse en la costa, pese a las dificultades derivadas de la actitud belicosa de los tracios autóctonos, pudiendo fundar núcleos como NEÁPOLIS y OISIME. Ello no impidió que pudieran efectuarse otros asentamientos que afianzaron la presencia griega en aquella franja litoral. Así Quíos fundó MARONEA, gentes eolias ENO, de gran importancia por la posibilidad de comunicación con el Ponto Euxino, mientras que la minorasiática Clazómenas procedió a establecer AB-

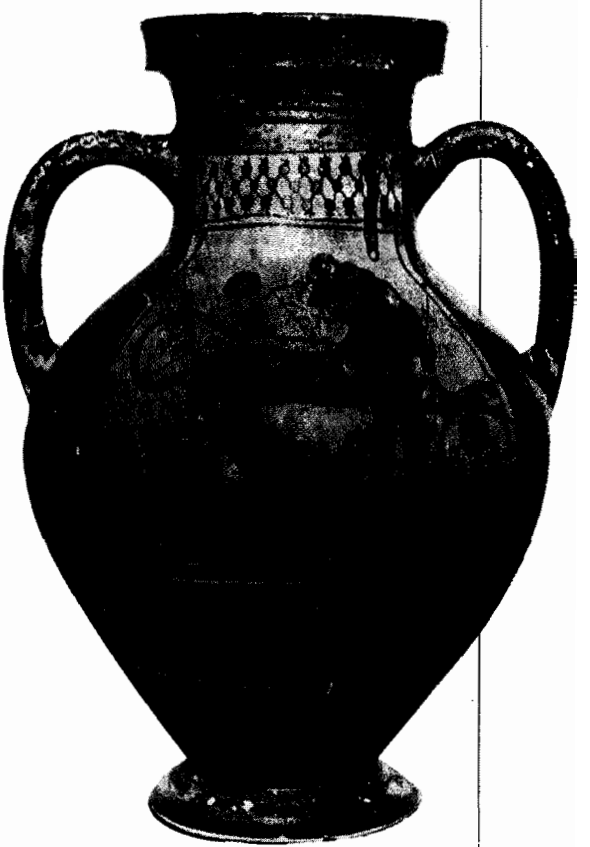
DERA, cuyos colonos, expulsados al poco tiempo por los tracios, fueron reemplazados a mediados del siglo VI por otros procedentes de Teos. También Mileto participó con el establecimiento de los enclaves de CARDIA y LIMNAE.

4. Zona de los Estrechos

La primera grave dificultad al tratar el tema que nos ocupa en estas zonas es la falta de una narración detallada en la historiografía. Los pocos datos que tenemos aparecen además en contradicción frecuente con los aportados por la Arqueología, aun reconociendo lo mucho que todavía queda por hacerse en este terreno. Contamos pues, con materiales incompletos y contradictorios. Así, por ejemplo, la tradición avala la antigüedad de la colonización del Ponto pero, aparte de la falta de corroboración arqueológica, es improbable que precediese a la colonización del Mar de Mármara, según apreciación de gran parte de los historiadores actuales.

Hecha esta necesaria observación, diremos, en primer lugar, que las ciudades protagonistas son ante todo Mileto, seguida en grado menor por Megara. La impresionante labor realizada por la primera de estas ciudades, de la cual se decía que fundó 90 colonias en diferentes zonas, es una razón de peso para suponer que Mileto no pudo desarrollar esta actividad colonizadora a partir únicamente de sus recursos económicos y humanos. Más bien organizaría y planificaría la necesidad expansiva de las poleis griegas de Jonia, las cuales aportarían buena parte de los contingentes de colonos expedidos hacia otras latitudes.

La penetración milesia comenzó con su presencia en los Dardanelos. ABYDOS ocupaba un lugar clave, situado en la costa asiática cedido a es-

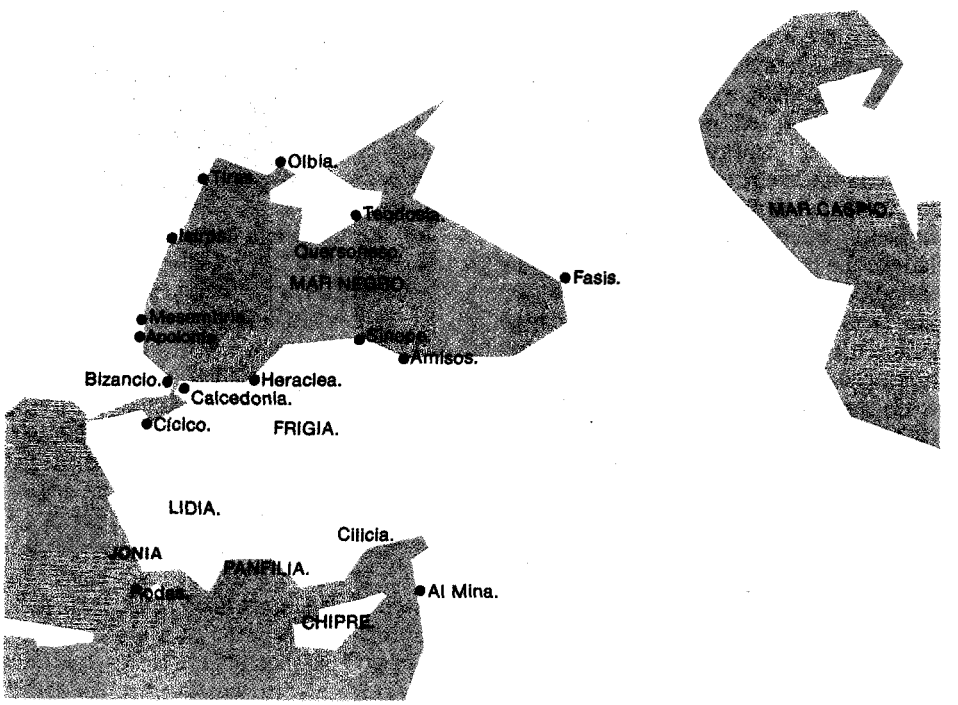


Anfora decorada
(575 a.C.)
Corinto

tos colonos —se decía— por Giges, rey de Lidia, antes de mediado el siglo VII. Pero el enclave más relevante de Mileto en esta área fue el de CÍZICO, dadas sus posibilidades agrícolas. En efecto, su rápido desarrollo se manifiesta en la expansión alcanzada por sus acuñaciones de electrón por todo aquel ámbito en el siglo VI. No se han encontrado allí vestigios anteriores a fines del siglo VII. Más tempranos son, sin embargo, los hallazgos de DASKYLION, donde residirían posteriormente los sátrapas persas de Frigia, que han demostrado la existencia allí de un asentamiento jonio a comienzos del siglo VII.

Los primeros enclaves megarenses en la zona apuntan a la consecución de objetivos prioritariamente agrícolas. Así, se justifica la ocupación de ASTACO y Calcedonia en la costa asiática, SELIMBRIA en la europea y finalmente el más relevante de todos ellos, BIZANCIO cuya fecha tradicional de fundación, el 660, no concuerda con la ausencia de vestigios griegos anteriores a finales de esa centuria. No hay, por tanto, razones que avalen una fecha alta, el 700, para el comienzo de la colonización megarense, sino que los datos a nuestro alcance nos obligan a rebajar casi un siglo la cronología habitual. Entonces Megara entraría en competencia con la ya más afianzada presencia milesia, debiendo conformarse con el área del Bósforo, la más alejada del Mediterráneo. Esto, que en principio sería una desventaja, luego no lo sería, pues Bizancio era el punto estratégico de mayor importancia de toda la región. Cuando realmente adquiere Mileto una inigualable relevancia fue en la serie de colonias griegas implantadas en la costa del Ponto Euxino.

Colonias griegas del mar Negro



Vamos a enumerarlas sucintamente puesto que tampoco conocemos su historia de modo detallado, salvo algún caso aislado. Comenzaremos por las fundaciones propiamente milesias.

Las primeras zonas que revelan la huella de presencia griega son las desembocaduras del Danubio y Dnieper, donde se instalaron los primeros asentamientos a mediados del siglo VII, sin que sean descartables visitas frecuentes antes de ese momento, pero que por su propia naturaleza no han dejado huellas detectables.

Partiendo de Bizancio la colonia griega inmediata es APOLONIA, fundada por Mileto a finales probablemente del siglo VII, fecha en que se datan los hallazgos cerámicos corintios y áticos más tempranos. Le sigue ODESSOS, sobre la actual costa búlgara, fundada hacia el 560, según la tradición, coincidente en este caso con las primeras cerámicas allí encontradas. También TOMIS, con una posición ventajosa en la llanura costera formada entre el curso del Danubio y el mar es una colonia milesia de cronología similar a la anterior, por más que los vestigios datados sean posteriores, del siglo V. Más próxima al delta del Danubio se encuentra ISTROS, cuyo establecimiento es previo a los ya mencionados, puesto que se efectuaría a mediados del siglo VII. Sobre esta colonia nuestra información es mayor, pues ha sido concienzudamente excavada. La cerámica más antigua aparecida hasta el momento procede de fines del siglo VII, poco después de iniciarse, pues, la vida de la colonia, correspondiendo al siglo VI, su mayor abundancia tanto en cantidad como en lo que se refiere a diversidad de procedencia, dentro sobre todo del ámbito oriental griego, habiéndola también ateniense.

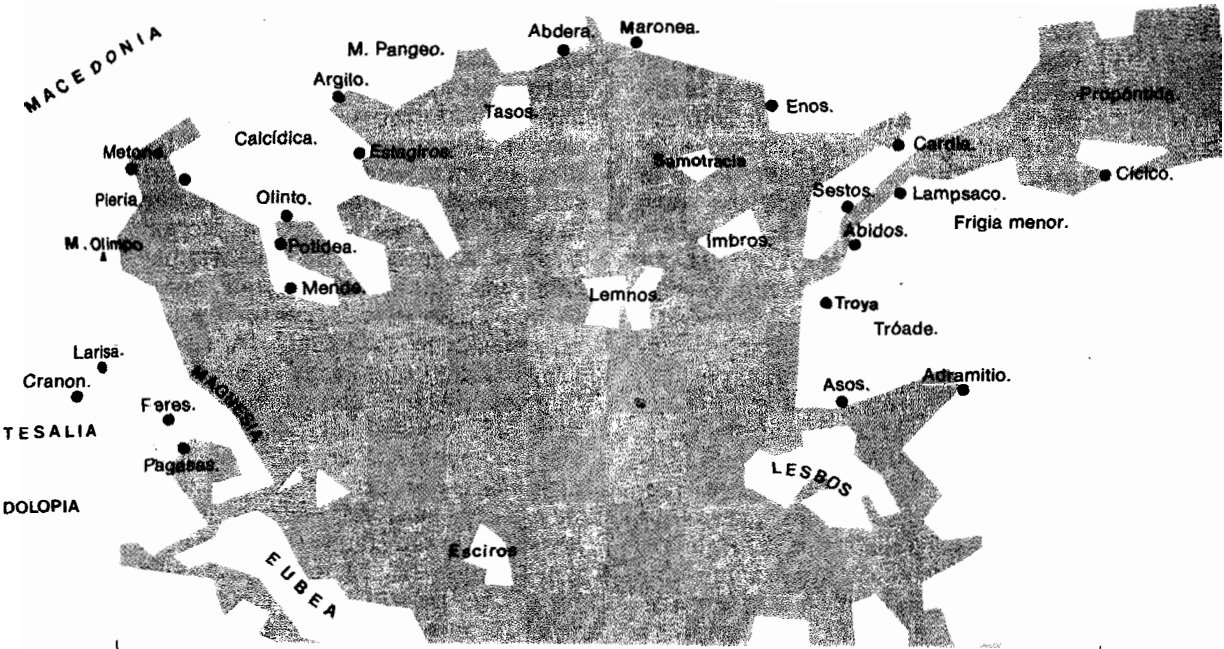
A partir de Istros y de las demás colonias se establecieron contactos con centros indígenas situados en el interior que aparecen afianzados ya a fines del siglo VI, para hacerse más frecuentes en el siglo siguiente. La vía de penetración fundamental era el Danubio y sus afluentes, permitiendo así el acceso a zonas alejadas del mar.

Al sur de la desembocadura del Dniéster se estableció TIRAS sobre un emplazamiento que permitía la fácil explotación agrícola del valle de este río.

También OLBIA, la más septentrional de las colonias milesias antiguas, estaba situada en la desembocadura de otro río, el Bug. No obstante, quizá el establecimiento griego más antiguo corresponda al yacimiento situado en la isla Berezan, fuera del estuario del Dniéper, habitado previamente por indígenas. Los hallazgos griegos más antiguos, de postrimerías del siglo VII, son vasos cerámicos de tipos similares a los aparecidos en las otras colonias, es decir, griegos orientales preferentemente al principio, y después corintios, áticos e incluso beocios. Asimismo, hubo una irradiación comercial hacia el interior, puesto que Olbia supo mantener buenas relaciones con los escitas, las cuales contribuirían en no pequeña medida a la prosperidad de que disfrutó la ciudad. Este contacto, ciertamente estrecho, se manifiesta en las influencias artísticas recíprocas sufridas por una y otra parte, hasta tal extremo de que se piensa fundadamente que Olbia constituyó «uno de los centros más importantes en la producción de las muchas obras de arte greco-escitas» (J. Boardmann, *Los griegos en ultramar*, p. 251-2).

Hacia el Este hubo otros núcleos milesios. Así, TEODOSIA en el extremo oriental de la península de Crimea, fundación probable de fines del siglo VII. Pero más relevante, por lo estratégico de la zona, fue la presencia milesia en torno al llamado Bósforo cimerio, estrecho conducente al lago Maeotis (mar de Azov). Allí se fundó PANTICAPE en la orilla occidental, en la segunda mitad del siglo VII, aunque hubo, según los estudios

El norte del Egeo arcaico



arqueológicos de la zona, un poblado pregriego con el que había intercambios en el siglo VII. Los hallazgos de Panticapeo nos presentan, por lo que a objetos griegos se refiere, un panorama similar al de Olbia y otras colonias. La actuación exterior de esta colonia tendió a controlar este estrecho mediante la fundación de MYRMEKION realizada ya en la primera mitad del siglo VI. En el extremo norte del lago Maeotis se estableció TANAIS en la desembocadura del Don. Allí existió al principio —en la segunda mitad del siglo VII— una pequeña factoría, ampliada y reforzada posteriormente. Más o menos hacia la misma época, en el extremo oriental del mar Negro los milesios establecieron FASIS, núcleo que, aparte de permitir un acceso inmediato al Cáucaso, donde había recursos abundantes no sólo agrícolas sino también mineros, era el punto de recalada y enlace con las colonias de la ribera meridional del Ponto.

De éstas, la primera, bordeando la orilla del mar, era TRAPEZUNTE, de la que no sabemos casi nada. La más importante, sin duda, entre las fundaciones milesias en esta zona, era SINOPE, enclave elegido por tener un magnífico puerto, único en aquella difícil e inhóspita costa póntica. Se le suponía una cronología muy antigua, en torno al 700, pero hasta el momento los materiales arqueológicos encontrados no son anteriores al 600. La prosperidad económica que disfrutó Sínope posteriormente se debió en gran medida a los contactos comerciales habidos con Frigia. Las amistosas relaciones mantenidas con los pueblos del interior permitían a los griegos de estas colonias el acceso a productos minerales y otros recursos —por ejemplo, madereros— existentes en aquellas regiones.

En otro lugar hemos hecho alusión a la expansión de Sínope. Las noticias dadas por Jenofonte (*Anab.* V. 5) señalaban que esta ciudad tenía una serie de enclaves en su territorio, los cuales le pagaban un tributo, en concepto probablemente de disfrute de la tierra, cuyo título de propiedad correspondía a Sínope.

En cuanto a AMISO, estaba situada cerca de Sínope en dirección hacia Trapezunte. Los materiales allí encontrados tienen una cronología similar a los de la primera —hacia el 600— por más que la tradición le asigne una fecha posterior. Su florecimiento económico estaba fundamentado sobre las mismas bases expuestas para Sínope, es decir, en los contactos e intercambios con pueblos del interior.

Hemos dicho antes que otras ciudades griegas participaron en esta colonización póntica, si bien en un grado no parangonable al de Mileto. En este sentido, la más relevante fue Megara, que tampoco se aventuró muy al interior del Ponto, quedándose en territorios no muy alejados de sus establecimientos del Bósforo. Su labor se redujo a dos colonias. La primera, MESEMBRIA, se fundó en el lado europeo al norte del enclave milesio de Apolonia, en una fecha, no obstante, posterior a ésta, pues no es anterior al siglo VI. Dada la ocupación anterior del lugar por los tracios, debemos suponer que los griegos les obligarían a retirarse hacia el interior. Aparte de un buen puerto, Mesembría contaba con buenas disponibilidades agrícolas.

En cuanto a la segunda HERACLEA PONTICA, se sabe muy poco. Su datación no debe anteceder a la propuesta para Mesembría. Disponía de amplios terrenos cultivables explotados por los Mariandinos, indígenas a los que sometió a una situación de esclavitud perdurable siglos después, los cuales trabajarían la tierra para los griegos en tal condición. Que tuvo un crecimiento rápido está demostrado por la creación de otras colonias en zonas que aún dentro del ámbito póntico estaban alejadas de su metrópoli. Así, CALLATIS, entre los dos enclaves milesios de Odesso y Tomis, en la rica llanura junto al Danubio, de grandes posibilidades agrícolas. La otra fundación filial es QUERSONESO, situada en la extremidad occidental de la península de Crimea. Para ambas la cronología propuesta es en torno a las postrimerías del siglo VI.

Para completar esta panorámica nos quedaría tan sólo aludir a otra colonia fundada por una metrópoli diferente de las dos estudiadas. Me refiero a FANAGORIA, emplazada en el Bósforo cimerio en su lado oriental. Su establecimiento se debió a las polis minorasiática de Teos en un año próximo al 540, pues sus ciudadanos huyeron de allí por la presión persa. Los vestigios arqueológicos confirman, en efecto, esta fecha.

Por todo lo dicho hasta ahora queda claro que las zonas ribereñas del Ponto constituyeron para los griegos un objetivo ambicionado. Además de amplísimas zonas cerealistas —en las márgenes de la Propóntide y,

sobre todo, en las llanuras costeras occidental y septentrional del Mar Negro— abastecedoras de grano, en medida creciente a las siempre deficitarias poleis griegas continentales e insulares, disponían de abundante pesca, origen del ulterior desarrollo de las fábricas de salazones, sobre todo de atún. A ello debemos añadir, que las regiones interiores a las cuales se accedía a través de estas colonias, tenían abundantes materias primas tan buscadas por las ciudades griegas. Así, ya hemos hecho mención de la madera, proporcionada por los bosques que cubren todavía hoy las montañas junto al Ponto en su ribera meridional. Más relevantes eran, sin embargo, los recursos mineros, por ejemplo el hierro, existente en tierras de los cálibes, habitantes del Norte de Anatolia, y otras variedades de meta-

Oinochoe rodio con representación de animales
(Siglo VII a.C.)
Museo del Louvre, París

les procedentes de regiones como el Cáucaso o Armenia.

5. Norte de Africa

Nos ocuparemos en primer lugar del país del Nilo, cuyas características son sobradamente conocidas.

La presencia griega en Egipto tuvo unos condicionantes absolutamente diferentes de lo que hemos ido viendo en relación con las áreas geográficas donde se desarrolló la colonización griega. No se trataba de una zona escasamente poblada o con una presencia tribal de bajo nivel cultural. Todo lo contrario. De hecho no puede hablarse en el caso de Egipto de la existencia de colonias griegas *stricto sensu*. De todos modos, dada la amplitud alcanzada por las navegaciones griegas ya desde comienzos del siglo VII no es de extrañar que se acercaran también a Egipto. Y, en efecto, tenemos suficientes huellas que nos hablan de esta presencia, no colonización, griega. Así, en Dafne —la Estratopeda de Herodoto— hay restos cerámicos que se retrotraen hasta fines del siglo VII, para cesar en el 525, año de la invasión persa. También en Menfis han aparecido vestigios griegos antiguos y en Tebas, donde comienzan en el primer tercio del siglo VI. Más al Sur, los hay en Edfú y en Sanam (Nubia).

El único enclave griego era el de NAUCRATIS, situado en el brazo canópico del río en su orilla oriental, a unos 80 km del mar. Los antecedentes de su fundación hay que buscarlos en el empleo sistemático que los faraones, desde Psammético I; hacían de mercenarios griegos. Pero fue Amasis el que les otorgó el privilegio de establecerse en Náucratis, como recompensa por la ayuda recibida en la lucha contra Apries, al que sucedió en el trono a consecuencia de una victoria militar en el 570. Sin embargo, puesto que existen huellas griegas previas a esa fecha —ya hacia el 630— se interpreta el pasaje de Herodoto en el sentido que en el 570 se regularizaría definitivamente su *status*. De todas maneras el historiador de Halicarnaso nos informa del carácter de Náucratis: era un puesto comercial donde estaban representados multitud de estados griegos: Quíos, Teos, Fócea, Clazómenas, dorios de Rodas, Cnido, Halicarnaso, Faselis y eolios de Mitilenes. Además de éstos tenían templos allí los eginetas, samios y milesios. Ciertamente, los hallazgos cerámicos de Náucratis tienen una procedencia muy diferenciada: rodia, quiense, samia, de Clazómenas, lesbia, espartana y la corintia o ática tradicional. Todo ello, constituye, a su vez, una prueba de la fecundidad y prosperidad de las relaciones comerciales entre egipcios y griegos, encauzadas a través de Náucratis. Su época de apogeo debe situarse en los años previos a la invasión de Cambises —525— y, aunque se recuperaría después, no volvería a brillar como antes. La fundación de Alejandría la eclipsó todavía más, aunque su actividad perduró durante la dominación romana.

La Cirenaica recibió, sin embargo, auténticos colonos griegos, en una época similar a la de Egipto. La meta no era sino el control y explotación de aquellas ricas tierras, favorecidas además con un clima benigno en las proximidades del mar.

La fundación de CIRENE, que el relato de Herodoto nos ha transmitido en detalle (I, 163) se hizo por gentes de Tera, las cuales tras una corta estadía en la isla de Platea, vecina a la costa africana, se trasladaron a Aziris, emplazamiento que abandonaron seis años después, convencidos por los libios, para asentarse en el 630 en el sitio de la posterior Cirene. La ciudad prosperó enormemente, tanto que los autóctonos, asustados, intentaron con ayuda egipcia, de Apries, expulsar a los colonos, empresa en la que fracasaron. Amasis más filohele-

no, como hemos visto, se casó con una princesa cirenaica como acto de acercamiento y diplomacia. Por lo demás, la invasión persa que tanto afectó a Náucratis, dado su carácter comercial, no afectó a la prosperidad de Cirene, como sus manifestaciones artísticas se encargan de demostrar. Mantuvo unas amplias relaciones con el ámbito griego centrado, según la Arqueología, en el Peloponeso, Grecia oriental, islas incluidas, especialmente Rodas y Samos, Corinto y Atenas, basadas en su variada agricultura, desde el silfion, planta aborigen que no pudo ser cultivada en ningún otro lugar, hasta los productos mediterráneos típicos.

Apolo y las musas en una pintura de ánfora
(Siglo VII a.C.)
Museo Nacional de Atenas

Cuadros cronológicos

SICILIA

	Siglo VIII	Siglo VII	Siglo VI	Siglo V
NAXOS (calcidios)	734			
LEONTINOS (calcidios)	728			
CATANA (calcidios)	c. 725			
Gallipolis (calcidios)		Primer cuarto		
Eubea (calcidios)		Primer cuarto		
ZANCLE (Messene) (calcidios)	755 (calcidios) y los de Naxos, Leontina y Catana más tarde			
HIMERA (calcidios)		648		
MYLAE (calcidios)	c. 730			
SIRACUSA (Corinto)	733			
Acra		663		
Casmena		664		
Camarina			598	
MEGARA HIBLEA (Megara)	727			
Selinunte (M. Hibl.)		627 (ó 650)		
Heraclea Minoa				
GELA (dorios, rodios y cretenses)		688		
Agrigento			580	

SUR DE ITALIA

	Siglo VIII	Siglo VII	Siglo VI	Siglo V
PITECUSA (eubeos)	C. 775-760			
CUMAS (eubeos)	C. 750			
RHEGION (eubeos-mesenios)	C. 740			
SIBARIS (peloponesis)	720 ó 709			
Laos				
Scidros				

SUR DE ITALIA (Continuación)

	Siglo VIII	Siglo VII	Siglo VI	Siglo V
Posidonia		En las prim. décadas		
TURIOS (panhelénica enviada por Atenas)				−444-3
CROTONA (aqueos) Macallia Petelia Crimisa Caulonia Scylletion Terina	708	675-70	Fines (tras 510)	
TARENTO (espartanos) Callipolis Porto Tarentino Heraclea	706			433-2
METAPONTO (aqueos)		Com.		
SIRIS (por Colofón)		675		
LOCROS Medma Metauro Hipponion		679 (ó 673)	Med. Fin	
ELEA (focenses)			−540	

GALIA Y MEDITERRANEO OCCIDENTAL

	Siglo VIII	Siglo VII	Siglo VI
MASSALIA (Fócea) Antipolis Nicaia Rhode Ampurias		600 C. 600	
MAINAKE (Fócea)			−Com.
HEMEROSCOPEION (Fócea)			−560
ALALIA (focenses)			

COSTA SEPTENTRIONAL DEL MEDITERRANEO

	Siglo VIII	Siglo VII	Siglo VI
CORCIRA (eubeos y poster. Corinto)	733		
Epidamno		627	
Apolonia (Corinto)		C. 620-600	
Corcira Nigra (Corcira + Cnido) Spina Adria Torona (Calcis) Metone (Eretria)			Com. s. VI
Potidea (Corinto)		C. 600	C. 600
Tasos (Paros) Neápolis Paros-Tasos		C. 670	

COSTA SEPTENTRIONAL DEL MEDITERRANEO (Continuación)

	Siglo VIII	Siglo VII	Siglo VI
Oisime Maronea (Quíos) Eno (eolios) Abdera (Clazomenas) Cardia, Limnae (Mileto)			C. com. s. VI

ZONA DE LOS ESTRECHOS-MAR NEGRO

	Siglo VIII	Siglo VII	Siglo VI
ABYDOS (Mileto)		Antes de med. S.	
CÍZICO (Mileto)		– Med. fin.	
DASCYLION (jonios)		Com.	
ASTACO (Megara)			
CALDEDONIA (Megara)			
SELIMBRIA (Megara)			
BIZANCIO (Megara)		660	
APOLONIA (Mileto)		Fin s.	
ODESSOS (Mileto)			C. 560
TOMIS (Mileto)			C. 560 aprox.
ISTROS (Mileto)		Med. s.	
TIRAS (Mileto)		Med. s.	
OLBIA (Mileto)		Med. s.	
BEREZAN (Mileto)		Co (?) siglo	
TEODOSIA		Fin	
PANTICAPEO Myrmekion		Segunda mitad	1.ª mit.
TANAIS		– 2.ª mitad	
FASIS			
TRAPEZUNTE (Mileto)	C. 700 (en tradic.) pero debe ser algo posterior		
SINOPE (Mileto)		Med. s. VII	
AMISO (Mileto)			C. 600
MESEMBRIA (Megara)			C. 600
HERACLEA PONTICA (Megara) Callatis Quersoneso			 Fin Fin
FANAGORIA (Teos)			C. 540

NORTE DE AFRICA

	Siglo VIII	Siglo VII	Siglo VI
NAUCRATIS (múltiples estados griegos insulares y minorasiáticos)			570
CIRENE (Tera)		670	

Bibliografía

Colonización griega

Bérard, J.: *La Colonisation grècque de l'Italia méridionale et de Sicile dans l'Antiquité. L'histoire et la leyende.* París, 1957.

L'expansion et la colonisation grècques jusqu'aux guerres médiques. París, 1960.

La Magna Grecia. Turín, 1965.

Bertoldi, V.: *Colonizzazione nell'antico Mediterraneo occidentale.* Nápoles, 1970.

Blumenthal, E.: *Die altgriechische Siedlungskolonisation, im Mittelmerraum unter besonderer Berucksichtigung der Südküste Kleinasiens* (Tübinger Geographische Studien, Heft 10). Tübingen, 1963.

Ciaceri, E.: *Storia della Magna Grecia,* I-III. Roma, 1966.

Cook, J. M.: *Greek in Jonia and the East.* Londres, 1962.

Delorme, J.: *La Grèce primitive et archaïque.* París, 1969.

Dunbabin, T. J.: *The Western Greeks.* Oxford, 1968.

Graham, A. J.: *Colony and mother City in Ancient Greece.* Manchester, 1964.

Gschnitzer, F.: *Abhängige Orte im Griechischen Altertum.* (Zetemata, Heft 17). München, 1958.

Irmscher-Schelow: *Griechische Städte und Einheimische Völker des Schwarzmeergebietes.* Berlín, 1961.

Jodin, A.: «Les grecs d'Asie et l'exploration du littoral marocain». *Rev. de la Universidad Complutense,* XXV (Homenaje a García y Bellido II), 1976, pp. 57 y ss.

Lacroix, L.: *Monnaies et colonisation dans l'Occident grec* (Memoires de l'Académie royale de Belgique. Classe des Lettres et des Sciences Morales et Politiques, Tome 58, Fasc. 2). Bruxelles, 1965.

Leppore, E.: «Strutture della colonizzatione focea in Occidente». *PP,* 25, 1970, pp. 19-54.

Morel, J. P.: «Les phocéens en Occident: certitudes et hypothèses». *PP,* 21, 1966, pp. 378 y ss.

«Colonisation d'Occident». *MEFRA* 84, 1972, pp. 46 y ss.

«L'Expansion procéene en Occident: dix années de recherces». *BCH,* 99, 1975, pp. 853 y ss.

Mossé, Cl.: *La colonisation dans l'Antiquité.* París, 1970.

Paribeni, R.: *Storia della colonizzazione greca.* Milán, 1950.

Polanyi, K.; Arensberg, C. M., y Pearson, H. W.: *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos* (Nueva York, 1957). Barcelona, 1976.

Sakellariov, M. B.: *La migration grècque en Ionie.* Atenas, 1958.

Seibert, J.: *Metropolis und Apoikie. Historische Beiträge zur Geschichte ihres gegenseitigen Beziehungen.* Diss. Würzburg, 1963.

Villard, F.: *La céramique grècque de Marseille (VIe-IVe siècle). Essai d'histoire économique.* (Bibliothèque des écoles françaises d'Athènes et de Rome. Fasc. 195). París, 1960.

Colonización griega de la Península Ibérica

Almirall: «Acuñaciones greco-hispanas de Rhode e imitaciones bárbaras». *Acta numismática,* I, 1971, pp. 25 y ss.

Almagro Bach, M.: *Ampurias. Historia de la ciudad y guía de las excavaciones.* Barcelona, 1951.

Alvar Ezquerra, J.: «Los medios de navegación de los colonizadores griegos». *AEspA* 52, 1979, pp. 67-87.

Arce Martínez, J.: «Colonización griega en España: algunas consideraciones metodológicas». *AEspA* 52, 1979, pp. 105-111.

Bendala Galán, M.: «Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos». *AEspA* 52, 1979, pp. 33-39.

Bosch Gimpera, P.: «Les soldats ibériques agents d'hellenisation et de romanisation». *Mélanges, d'archéologie, d'épigraphie et d'histoire offerts a J. Carcopino.* París, 1966, pp. 141 y ss.

«Cronología e Historia de Emporion». *Revista de la Universidad Complutense* XXXV (Homenaje a García Bellido II), 1976, pp. 37 y ss.

Clavel-Leveque, M.: «Das griechische Marseille. Entwiecklungsstufen und Dinamik einer Handelsmark», en *Hellenische Poleis* II. Berlín, 1974, pp. 855 y ss.

Fernández Miranda, M.: «Horizonte cultural tartésico y hallazgos griegos en el Sur de la Península». *AEspA* 52, 1979, pp. 49-67.

García Iglesias, L.: «La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico». *AEspA* 52, 1979, pp. 131-141.

Lacroix, L.: *Monnaies et colonisation dans l'Occident grec.* (Mémoires de l'Académie royale de Belgique. Classe des Lettres et des Sciences Morales et Politiques. Tome 58, fasc. 2). Bruxelles, 1965.

Morel, J. P.: «Les phocéens en Occident: certitudes e hypothèses». *PP* 21, 1966, pp. 378 y ss.

«Colonisation d'Occidente». *MEFRA* 84, 1972, pp. 46 y ss.

«L'expansion phocéene en Occident: dix années de recherches». *BCH* 99, 1975, pp. 853 y ss.

Olmos, R.: «Perspectivas y nuevos enfoques en el estudio de los elementos de cultura material (cerámica y bronces) griegos o de estímulo griego hallados en España». *AEspA* 52, 1979, pp. 87-105.

Ripoll, E., y Sanmarti, E.: «La expansión griega en la Península Ibérica». *II Congreso Internacional sobre las culturas del Mediterráneo Occidental.* Barcelona, 1978, pp. 20 y ss.

Tarradell, M.: «El impacto greco-fenicio en el Extremo Occidente: resistencia y asimilación». *Assimilation et Resistence à la cultura greco-romaine dans le monde ancien.* París, 1976, pp. 343 y ss.

Trías, G.: *Cerámicas griegas de la Península Ibérica.* Valencia, 1968.

«Economía de la colonización griega». *Est. de Econ. Ant. Pen. Iber.* Barcelona, 1968, pp. 99 y ss.